

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 14° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

Escuela de Niños Escritores

40 años
iBbY
MÉXICO

INSTITUTO ELECTORAL
CIUDAD DE MÉXICO



CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda
Consejeras y consejeros electorales: Carolina del Ángel Cruz
Erika Estrada Ruiz
Mauricio Huesca Rodríguez
Sonia Pérez Pérez
César Ernesto Ramos Mega
Bernardo Valle Monroy

Encargado de Despacho
de la Secretaría Ejecutiva: Gustavo Uribe Robles

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: José Manuel Delgadillo Moreno, propietario
Ámbar Reyes Moto, suplente
Partido Revolucionario Institucional: Enrique Nieto Franzoni, propietario
Christian Omar Castillo Triana, suplente
Partido de la Revolución Democrática: José Manuel Ballesteros López, propietario
Yasser Amaury Bautista Ochoa, suplente
Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Benjamín Jiménez Melo, suplente
Partido Verde Ecologista de México: Yuri Pavón Romero, propietario
Dafne Rosario Medina Martínez, suplente
Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Morena: Araceli Rojas Osorno, propietaria
Juan Romero Tenorio, suplente
Partido Equidad, Libertad y Género: José Alejandro Pardavé Espinosa, propietario
Luis Alberto Aguilar Sumano, suplente
Partido Encuentro Solidario: Inocencio Juvencio Hernández Hernández, propietario
Horacio Martínez Mesa, suplente
Partido Redes Sociales Progresistas: Erick Raymundo Campos, propietario
Edson Jair Patiño Vieyra, suplente
Partido Fuerza Social por México: Lorena Espinoza Granillo, propietaria
Manuel Jiménez Guzmán, suplente

Diputadas y diputados invitados permanentes de los grupos Parlamentarios del Congreso de la Ciudad de México

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López
Jorge Triana Tena
Partido Revolucionario Institucional: Armando Tonatiuh González Case
Partido de la Revolución Democrática: Jorge Gaviño Ambriz
Partido del Trabajo: Jannete Elizabeth Guerrero Maya
Circe Camacho Bastida
Partido Verde Ecologista de México: Alessandra Rojo de la Vega Piccolo
Morena: Donají Ofelia Olivera Reyes
Asociación Parlamentaria
del Partido Encuentro Social: Fernando José Aboitiz Saro
Miguel Ángel Álvarez Melo

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del 14° Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA

Gustavo Uribe Robles, director ejecutivo

Autoras y autores

Aranza Beatriz Ibarra Cano, Lucio Javier Magaña Paredes, Edgar Uriel Chantes Galindo, Leo Emmanuel Martínez González, José Daniel Hernández Márquez y Jimena Monserrat Villegas Romero

Jurado calificador

Coordinadora: Roxanna Loraine Erdman Lango

Integrantes del jurado: Alberto Partida Coellar, Cecilia X'areni Pérez Rosales, Daniela Herrera Pelayo, Diego Gatica Quintanilla, Gisela Guadalupe Santibáñez Calderón, Katia Coellar Arellano, Ma. Magdalena Castro Noriega, María Cristina de la Luz Vargas de la Mora, María de los Ángeles Trujillo Guerrero, María Esther Pérez Fera, Monica Franchoise Zepeda Sein, Raúl Farías Higareda, Teresita del Niño Jesús Quintanilla D'Acosta

Organización

Gerardo Francisco Cabrera López, encargado del Despacho de la Coordinación de Educación Cívica • Ares Akbhal Zenteno Gómez, encargado del Despacho de la Jefatura de Unidad de Educación Cívica II • Rosamar Luna García, jefa de Departamento de Educación Cívica IV • Adriana Gissela Perez Alonso, supervisora de grupo "B"

Edición

Supervisión: José Luis García Torres Pineda, coordinador editorial

Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, jefa de Departamento de Diseño y Edición

Corrección de estilo: Miguel Sánchez Arzate, supervisor de grupo "B"

Ilustración: Zavet Monroy

Primera edición, diciembre de 2020

ISBN: 978-607-8605-62-0

D. R. © Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, 14386, Ciudad de México

www.iecm.mx

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de las autoras y los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

Índice

Segunda categoría
(De 12 a 14 años)

Volverá a ser verano 7

Aranza Beatriz Ibarra Cano

Celulares por igual 21

Lucio Javier Magaña Paredes

El corazón de Nakúh 33

Edgar Uriel Chantes Galindo

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

Caída de una rosa 43

Leo Emmanuel Martínez González

Centroide de la escasa humanidad 57

José Daniel Hernández Márquez

Un cuarto vacío 67

Jimena Monserrat Villegas Romero



Segunda categoría
Primer lugar

Volverá a ser verano

Aranza Beatriz Ibarra Cano





Era una mañana especialmente fría.

Llovía a cántaros; el agua escurría ruidosa por las coladeras y se deslizaba por las azoteas hasta caer hacia la calle. Predominaba un fuerte olor a humedad y pasto mojado que inundaba las narices de todos, al tiempo que sus suspiros liberaban una pequeña nube de vaho. Catherine caminaba sin prisa hacia la escuela. Sus pasos chapoteaban en los charcos y ella se movía lentamente, sin importar que no llevara paraguas. Su mochila comenzaba a mojarse y su pelo a gotear.

Al llegar a la escuela se sentó en una banca del patio, esperando, al igual que todos, a que anunciaran por el altavoz que debían entrar a los salones. Mientras, tenía la mirada fija en el infinito.

Los demás estaban reunidos en grupos, platicando. A Catherine la ignoraban. Siempre había sido así desde que ingresó a esa escuela. En ese preciso momento, Catherine estaba en la banca, mientras la lluvia cesaba poco a poco, rodeada de un aire solitario.

Trataba de recordar los momentos realmente felices que había pasado en la escuela, pero no lo conseguía. En lugar de eso le venían a la mente las situaciones en las que se habían burlado de ella; aquella semana en la que no paraban de llamarla *fea*, cuando le dijeron que se vestía horrible, mientras soltaban una risa cruel. Ese día cuando trató de entrar al equipo de baloncesto pero la rechazaron por ser mujer, cuando quería entrar a un taller pero los de tercer año le dijeron que sólo ellos podrían participar, cuando trató de hacerse amiga de un grupo de chicas que usaban cada momento

para criticarla y aprovecharse de ella, o el día en que hicieron un taller en equipos y nadie quiso hacer grupo con ella. Muchas veces había tratado de encajar, pero nunca lo conseguía.

Lo único que logró fue sentirse más insegura y odiar esa parte de sí misma que otros consideraban fea, que no compartía gustos con nadie, aquella que no era aceptada, que antes recibía insultos por tener sobrepeso, por ser diferente a los demás, aquella parte de sí misma que no tenía amigos.

Finalmente entraron a las aulas y la amargura comenzó una vez más.

Las clases fueron abrumadoras, pero transcurrieron rápidamente y salieron al receso. Catherine se sentó en las escaleras, en un rincón del patio al cual no iba casi nadie y que ella apreciaba mucho; era su escondite. A lo lejos, pudo escuchar que un grupo de personas conversaban sobre un rumor que Catherine ya había oído antes: un muchacho de su propia escuela había desaparecido hacía un par de meses, poco después de que empezaran a burlarse de él por escribir una carta de amor para otro chico.

Al volver a clases, uno de los profesores anunció a Catherine y sus compañeros que en unos días un nuevo estudiante se uniría al grupo.

Catherine regresó a su casa. Entró en su habitación y se tumbó en la cama. Las lágrimas comenzaron a brotar a través de sus pestañas y se resbalaban lentamente sobre su rostro enrojecido, mientras abrazaba sus sábanas blancas hasta que se quedó dormida. Usualmente, Catherine lloraba en las noches, pensando que iban a despedir a su mamá de su trabajo por estar embarazada, que tendría un nuevo hermano pronto. Esta vez se sentía emocionada por la llegada de un nuevo compañero que quizá se llevara bien con ella, pero al mismo tiempo trataba de no hacerse muchas ilusiones.

Poco después, el clima comenzó a ser cada vez menos frío. Dejó de llover durante las mañanas y el sol iluminaba los tejados de las casas colándose entre las hojas y ramas de los árboles. El aire era fresco y algunas mariposas se paseaban por los jardines, volando

grácilmente con sus cuerpos de cristal, mientras los pájaros despertaban antes que las personas y cantaban hasta el alba.

Era fin de semana. Catherine estaba sentada en el pequeño sillón de la sala, todavía adormecida y con los ojos irritados. Su casa era tan silenciosa que Catherine creía escuchar a su corazón palpitando. Sus padres estaban fuera; trabajaban desde temprano y volvían casi al anochecer. El cielo lucía radiante. Catherine no sabía qué hora era, pero calculó que serían las seis de la tarde.

El tiempo corría despacio. Catherine se relajaba en su aburrimiento y prefería no hacer nada y no pensar en nada, pero se sentía melancólica.

Empezó a tener hambre. Revisó la alacena y toda la cocina, pero en ese momento no había nada, así que decidió salir a comprar comida. Tomó su abrigo y abrió la puerta hacía la calle, donde había poca gente; el viento soplaba y agitaba su cabello. Llegó a un pequeño supermercado. Había comprado manzanas rojas, pan y unas latas de té frío. Comenzó a caminar con paso lento de regreso a su casa. Pensando que sus padres tardarían mucho en regresar, decidió ir al parque.

Catherine cruzó la calle para acercarse al parque, que estaba lleno de árboles, arbustos, transeúntes bulliciosos y pequeñas flores y tréboles diminutos que nacían de la tierra escabulléndose entre las grietas del suelo de concreto, persiguiendo el sol.

Buscó con la mirada una banca donde sentarse. Vio varias vacías y se dirigió hacia una de ellas; una banca verde cobrizo, vieja y con la pintura desgastada. En el respaldo estaba grabado el símbolo de tres lobos aullando. Se sentó y se relajó. Escuchó a los pájaros cantar desde árboles lejanos y se sintió aliviada y olvidó sus problemas y su estrés lejos de las personas que se reían de ella por ser quien era.

Sus párpados le cubrieron los ojos color caramelo. El viento la mecía. Pasados unos minutos, abrió los ojos. Notó que en el otro extremo del parque había un muchacho en silla de ruedas que parecía ser tímido; estaba solo y les daba de comer a unos gorriones.

Al principio dudó si debía acercársele o no: nunca había sido buena haciendo amigos. A pesar de todo, se levantó como si no tuviera control sobre su propio cuerpo y comenzó a avanzar hacia él, mirando cómo sus pies se movían solos a través del aire, llenos de valentía. Una vez que estuvo delante del muchacho, sus pies se detuvieron y ella, nerviosa y sin saber qué decir, trató de saludarlo, pero sus labios se movían sin que las palabras salieran de su boca. Él notó su presencia y la miró confundido. Finalmente, Catherine logró pronunciar las palabras.

Primero le preguntó si le gustaban los pájaros. Él contestó que sí, con una voz melódica y suave. Catherine sabía mucho acerca de los pájaros, así que hablaron de eso durante largo tiempo. Él le confesó que sus favoritos eran los grajos. Catherine permaneció pensativa unos segundos y luego contestó que sus favoritos eran los petirrojos. Pasado un rato, Catherine le preguntó al muchacho por su nombre. El murmuró: “Me llamo Adrián”.

De pronto quisieron ir a la fuente. Deambularon callados por el parque hasta que la encontraron. Los chorros de agua más pequeños nacían en forma de borbotones, y los más grandes se veían gloriosos e imponentes, salpicando la piedra y rociando sin parar la estatua de un trío de ángeles bailando. Los tres ángeles tenían expresiones risueñas y uno sostenía una lira.

Aquella visión de la fuente era hermosa e hipnótica, tanto que al llegar se quedaron contemplándola unos instantes, observando las gotas de agua recorrer los aires y creando ocasionalmente un pequeño arcoíris.

Ella se recargó en la orilla de la fuente y él se quedó al lado. Catherine sacó de la bolsa un par de latas de té frío y le ofreció una al muchacho. Él la aceptó y sonrió con sinceridad. Ambos sonrieron.

Miraron los gastados adoquines del suelo durante un segundo, guardando silencio. Luego comenzaron nuevamente a platicar; hablaron de cuánto les gustaban las noches estrelladas y el aroma de la vainilla, los animales, fotografiar flores y cantar cuando nadie podía escucharlos. Catherine sintió que su alma se llenaba, que es-

taba completa. Finalmente tenía un amigo. Ambos dijeron que no les gustaba mucho la escuela. Adrián le contó que sus compañeros lo apartaban, le decían inútil o les daba lástima. Ahora sus padres se estaban separando y lo cambiarían de escuela. Necesitaba relajarse; vivía cerca, así que iba al parque.

Catherine escuchaba atenta mientras se perdía observando su cabello rojizo y sus pecas, dispersas por su piel como estrellas en las galaxias.

En sólo una tarde compartieron con el otro todos los sentimientos que les dolían y se sintieron aliviados. Al final, vieron cómo el sol se ocultaba tras las montañas. A ambos les gustaban los atardeceres. Se despidieron y cada uno se marchó. Catherine se tropezó con su agujeta.

El lunes llegó. Curiosamente, Catherine se sentía menos desanimada de ir a la escuela que otros días. Se levantó de la cama y fue a lavarse la cara; mojarse la cara la hacía sentirse despierta. Se arregló para ir a la escuela, tomó su sudadera favorita, se puso los lentes de contacto y trató de recogerse el cabello con un broche en forma de mariposa. Salió.

Entró a la escuela de buen ánimo. Pasó junto a un grupo de muchachos (los mismos que la habían ignorado cuando trató de acercarse a ellos); uno de ellos la empujó y los otros se rieron. Catherine trató de irse corriendo.

Se acercó a la orilla del patio para estar sola. Cuando creyó que nadie la veía, sacó de su mochila un libro de poemas. De pronto, aparecieron un par de amigas, se acercaron a ella y le dijeron "¿En serio te gusta leer eso? Que aburrido". "Oye, ¿por qué siempre te vistes así? Es que... no te queda muy bien". Catherine trató de responder a las preguntas, pero se quedó callada; no supo qué contestar y sintió mucha vergüenza, se sintió cobarde. Luego trató de olvidarse de ello.

Llegó la hora de las clases. Al entrar en el salón, tuvo un buen presentimiento.

Pronto, el profesor anunció que ese mismo día había llegado el nuevo alumno, sin embargo, Catherine ya no lo escuchaba: sus

pupilas seguían fijamente a la persona que entraba por la puerta. Ella sintió que el tiempo se detenía casi por completo: su cabello era pelirrojo y estaba lleno de pecas, sus ojos eran almendrados y tenía un arete en la oreja derecha... Era Adrián.

Él estaba muy nervioso, tenía cientos de dudas acerca de cómo serían sus compañeros, cómo saldrían las cosas, pero imaginaba que todos le prestarían atención al principio, luego les daría lástima, y pensarían que era raro y, al final, lo apartarían, le dirían que era un inútil. Sentía mariposas en el estómago. El maestro lo llamó. Entró en el salón moviendo su silla de ruedas, y para él, todo el mundo perdió su color, pero había una muchacha cuyo cabello parecía hecho de estambre y sus ojos destellaban, su piel era del color del chocolate y tenía puesta una sudadera púrpura y holgada. Se vieron el uno al otro; él sintió que todo perdía su color, pero ella brillaba.

Rápidamente se reunieron. Durante las clases, Catherine y Adrián estaban distraídos. Durante los recesos salían al patio; el sol aparecía entre las nubes para iluminar cada uno de sus pasos, para que se dieran cuenta de que no todo el mundo era oscuro. Caminaban juntos todos los días y eran felices; siempre comían un chicle sabor menta. Se volvieron amigos muy cercanos. Ya no se sentían solos.

También llegaron momentos tristes. Sus compañeros aprovechaban para burlarse de ellos; tampoco los dejaban formar parte de las actividades, alegando que no servían para nada. Obviamente, nadie conocía sus talentos y los siguieron rechazando por su apariencia o por su forma de ser. Ellos dos platicaban mucho y sus risas resonaban a la distancia como el gorjeo de un ave. Se sentían más fuertes cuando estaban juntos, las noches eran más acogedoras y la lluvia ya no era triste. Ambos llegaban a sus casas sonriendo. Esperaban la noche para observar las luces de la ciudad, sumergidos en el silencio y la oscuridad de las noches apacibles.

Llegó el otoño. Catherine tuvo un extraño sueño, en el que podía volar y estaba rodeada de amigos. Cuando despertó, hacía más frío. Catherine llegó a la escuela y en la lejanía vio a Adrián, que

llevaba un gorro y una bufanda. Se saludaron como siempre. Estaban, como todos los días, anhelando que no lloviera, que las nubes no opacaran todo, que no hubiera un eclipse, que las personas no se burlaran de ellos otra vez, que por una vez en la vida los dejaran jugar en el equipo de baloncesto, que por una vez los dejaran ser ellos mismos.

Fueron a la clase de Informática. Era el único salón que estaba en lo más alto de un edificio. Catherine y un profesor ayudaron a Adrián a subir las escaleras. Ella se sintió triste; recordó que nadie sabía si él volvería a caminar algún día y, a pesar de eso, las personas no lo dejaban participar, no lo dejaban disfrutar de las cosas que todos los demás hacían. Sintió que iba a llorar, pero se contuvo.

Llegaron al salón de informática. Era un lugar un poco oscuro; siempre tenían las persianas cerradas. Todo era normal, pero, de pronto, Catherine, que miraba aburrida por la ventana, descubrió que detrás del edificio había una pequeña puerta en el suelo, como si se pudiera abrir hacia abajo.

Cuando se fueron del salón, Catherine se lo contó a Adrián. Ambos estuvieron de acuerdo en que era extraño y gracioso. Lo pensaron durante mucho tiempo; estaban llenos de una inusual curiosidad y finalmente decidieron ir hacia donde estaba la puerta.

Se escabulleron por detrás del edificio más alto de la escuela, durante la hora de salida, cuando todos estaban distraídos y apurados. Catherine empujó la silla de Adrián velozmente, hasta que cruzaron una parte estrecha entre paredes, donde comenzaba a crecer un poco de musgo y parecía bastante descuidada. El lugar detrás del edificio estaba repleto de piedras y escombros, de tierra y pequeñas flores que carecían de color. En el centro del extraño paisaje había una puerta negra sellada en el suelo que daba una sensación lúgubre. Se sentía un extraño olor a nada, como si hubieran retirado del aire cualquier aroma. No había ninguna brisa, ya no se escuchaban las voces lejanas de las personas, todo alrededor parecía congelado y armónico y un rayo de luz apuntaba hacia la puerta.

Catherine sujetó la perilla plateada, la giró y la puerta crujió fuertemente, pero no se abrió, así que Adrián tuvo que ayudar. Después de un par de intentos, con mucho esfuerzo, la puerta sellada finalmente cedió y se abrió con un gran estruendo, que resonó más allá de lo que podían ver. Se pusieron nerviosos al pensar que probablemente estuvieran haciendo algo prohibido (de hecho, estaban seguros), pero eso dejó de importarles cuando la puerta se abrió completamente.

Detrás de la puerta había sólo vacío. Sólo una oscuridad inmensa que la luz del exterior no podía penetrar, donde todo era imperceptible. Parecía un túnel que seguía hasta donde ningún ser llegaba, hasta donde nadie podía vislumbrar el fondo. Ambos estaban atónitos ante el indescriptible abismo, oscuro, tenebroso y silente.

De pronto, algo resonó desde lo profundo del abismo, como un rugido, como un fantasma, como el susurro de un niño, el sollozo de un alma, el penetrante aullido de un lobo, o como aquél que, desde su garganta hasta sus labios, en un bostezo, aparenta comerse el mundo. Este sonido se hizo más potente y comenzó a jalarlos hacia la oscuridad. Catherine gritó, pero nadie la escuchó, ni siquiera ella misma.

Fueron tragados por el abismo nocturno y despertaron sobre una enorme nube blanca, en medio de un espacio negro donde parecía no habitar nada; todo estaba envuelto en neblina; casi no había profundidad ni perspectiva. Podían ver una gran montaña a la distancia y en vez de un sol había una pequeña estrella opaca que apenas brillaba con una intensidad suficiente para lucir como una diminuta lentejuela pegada en lo más alto de una bóveda.

Catherine y Adrián estaban aterrorizados. Cuando fueron succionados hacia aquel extraño mundo quedó atrás la silla de ruedas de Adrián. Trataron de hablar, pero nada salía de sus labios, ni un murmullo, ni un hilo de voz. Comenzaron a llorar, llenos de preocupación. Rápidamente, trataron de encontrar una salida. Catherine cargó a Adrián y comenzó a caminar sobre la nube tan extensa que era el suelo.

En ese lugar hacía demasiado frío. Catherine odiaba el frío, el que sentía en su cuerpo y el de las personas crueles, el frío de ser ignorada y alejada.

Trataron de explorar alrededor, pero parecía que no había absolutamente nada. Día tras día, se quedaban dormidos sin haber descubierto nada, perdían la noción del tiempo y seguían sin poder hablar, aunque nunca tuvieron hambre ni sed, como si sus cuerpos no necesitaran alimentarse estando allí.

Un día, apareció frente a ellos una escalera de piedra cuyos escalones descendían hasta una puerta blanca y brillante. En cuanto vieron la luz que emanaba la puerta, Catherine cargó nuevamente a Adrián y avanzaron.

Ella bajó cuidadosamente cada escalón. El cabello de él le rozaba la mejilla suavemente, como si los pétalos de una rosa la acariciaran.

Cuando llegaron hasta la puerta ésta se abrió sola. A través de ella vieron una playa de arena dorada, cuyas llanuras eran cubiertas luego por el oleaje del mar turquesa. Había un olor salino en el aire. Era de día, pero la luz que se reflejaba en el agua clara y sus ojos titilantes provenía de una luna roja y enorme. La luz los encegueció un momento, luego se miraron el uno al otro y cruzaron rápidamente la puerta.

La playa estaba llena de personas sonrientes, con alas emplumadas en la espalda. Era muy extraño, pero Catherine y Adrián se sintieron salvados. Alrededor se percibía una vida calmada que fluía sin interrupciones. Vieron a alguien batir las alas y de las colinas cercanas les llegó un olor a manzano y a polen. Catherine cayó de rodillas en el suelo y bajó a Adrián; se dieron cuenta de que podían hablar y nuevamente empezaron a llorar, como náufragos que han sido rescatados.

Un joven caminó hacia ellos. Sus alas moradas parecían las de un ángel; tenía el cabello azul, y usaba lentes. Les preguntó, con rostro ilusionado: "¿Ustedes vienen del otro mundo?". Ellos no sabían qué responder. Él se presentó: su nombre era Zoé.

Las personas aladas los invitaron a quedarse en su pueblo, cuyas casas estaban construidas con mármol y cristal sobre las me-

setas junto al mar e iluminadas con velas. Les ofrecieron comida y bebida, y los trataron amablemente. Catherine y Adrián se quedaron en esa playa unos meses. No sabían por qué no podían irse. No sabían dónde estaba la salida, pero tampoco la buscaban porque se sentían en casa. En esa extraña playa infinita todo lucía perfecto. Nadie se apartaba del resto; todos convivían, se reunían para hacer fiestas en las que lanzaban fuegos artificiales y se hacían coronas con flores. Consiguieron una silla de ruedas para Adrián y se convirtieron en parte de esa comunidad, donde eran todos distintos en apariencia, forma de ser, gustos... había personas discapacitadas y con toda clase de ideas, pero todos eran tratados como iguales.

Zoé era un muchacho muy divertido, generoso y sensible, aunque a veces se mostraba un poco impaciente. Los tres se hicieron muy buenos amigos. Un día fresco pasearon por la costa y subieron a lo más alto de una colina para ver el paisaje; se sentaron durante varias horas a ver cómo las nubes se movían sobre ellos. Zoé siempre les contaba historias interesantes, les hacía dibujos, y los tres juntos recorrían en una barca el mar tranquilo tratando de llegar lo más lejos posible. Se volvieron el tipo de amigos que se pueden considerar familia, que no necesitan palabras para comprenderse y cuyas miradas siempre se conectan.

Luego, Zoé les contó que él venía del mismo mundo que ellos. También se había topado hacía tiempo con una puerta negra, cuando estaba en su escuela y se sentía muy triste porque todos se burlaban de él desde que le escribió una carta de amor a otro chico. Había traspasado ese mundo oscuro y tenebroso, y llegado a la playa de la misma forma, por la puerta blanca. Ahora, Catherine sabía que los rumores eran ciertos. Regresaron a la villa justo cuando caía la noche.

Al siguiente día, Catherine notó que comenzaban a crecerle alas. Al principio se asustó un poco; fue a hablar de ello con Adrián, a quien también le crecían. Luego se dieron cuenta de que lo mismo le había pasado a Zoé tiempo atrás, así que no había razón para alarmarse. Conforme transcurría aquel día, sus alas comenzaron a

crecer más y más. Las de Catherine eran verde agua, pero tan claras que casi se veían blancas y parecían las alas de una mariposa. Las de Adrián se curvaban hacia arriba, eran de un rojo muy oscuro y la punta de cada una de sus plumas era de un intenso rojo cereza. Poco a poco comenzaron a volar.

A pesar de su felicidad, antes de irse a dormir los tres pensaban en sus padres; Catherine, en su hermano, que nacería pronto en el hogar que extrañaba. A veces querían regresar; a veces no querían irse nunca.

Catherine, Adrián y Zoé finalmente volvieron a su mundo. Ni ellos mismos supieron si lo hicieron intencionalmente o no. Subieron a una barca circular y remaron lo más lejos de la costa que pudieron. Extrañamente, el mar se volvió salvaje y las olas que salpicaban los empaparon. Lograron ver que sobre sus cabezas flotaba una puerta multicolor, pero parecía imposible volar tan alto con las alas mojadas. Una ola volteó su barca y los arrastró hacia el fondo. Allí vieron una luz; comenzaron a hundirse hacia ella mientras trataban de aguantar la respiración. De repente salieron del mar y aparecieron cayendo desde las nubes, justo hacia la puerta, que nuevamente se abrió por sí misma y los succionó en tan sólo un instante.

Abrieron los ojos. Ya estaban en su mundo. Aparecieron detrás del edificio descuidado de la escuela, frente a la puerta negra, ahora cerrada, como si hubieran caído del cielo.


Intentaron volver a sus vidas normales, aunque era sumamente complicado considerando que todavía tenían alas y habían estado desaparecidos varios meses. Todo parecía un caos.

El hermanito de Catherine nació, y su casa dejó de verse tan apagada. Volvieron a clases para su último año en la escuela, en primavera, justo cuando terminaba el frío y se abría paso el verano. Las cosas cambiaron en la escuela durante esos últimos días. Todos estaban demasiado impresionados por el extraño hecho de que ellos tuvieran alas. Ninguno de los tres se volvió grosero con las personas que antes los humillaban; no las culpaban, pues sabían

que el responsable era el ambiente en el que ellos crecieron, las voces que les enseñaron las cosas equivocadas. Ahora se sentían muy libres. Eran mucho más libres. La vida tomó un curso emocionante.

Catherine, Adrián y Zoé siempre habían creído que no pertenecían a ese mundo, donde las personas los trataban como si no valieran lo mismo y los hacían a un lado por ser diferentes, por vestirse o verse de otra forma, por escuchar otra música, por gustarles cosas tan inusuales como contarse historias a sí mismos, leer los horóscopos, alimentar a los pájaros y ver los atardeceres, o por amar sin importar las consecuencias.

Su mundo se volvió más cálido, como siempre debió ser. Todas las personas merecen recibir un trato bondadoso y estar rodeados de aquellos que los aprecian. Todos deberíamos tener personas cálidas a nuestro lado, con quienes compartir el sol. Catherine, Adrián y Zoé nunca dejaron de ser distintos, pero conocieron personas parecidas. Vivieron siendo cálidos para todos. Nunca perdieron su amistad y a veces volaban juntos, tratando de llegar lo más alto posible y mirando el anochecer salpicado de estrellas, contando constelaciones... todavía indecisos sobre su futuro, con una leve melancolía en el corazón, pero sonriendo, alegres de que el invierno hubiera terminado.



Segunda categoría
Segundo lugar

Celulares por igual

Lucio Javier Magaña Paredes



NOKIA


En mi ciudad todos somos celulares ocupados:

muchos están con sus propios trabajos y otros cuidan de sus familias. Yo soy un celular Shiamoni y mi sueño es ser un diseñador de aplicaciones, profesión que normalmente es exclusivo de los Abol. Mis padres son celulares Abol, lo que me inspiró a ser como ellos.

En mi escuela tengo muchos amigos: una amiga Mokia, uno Tomorola, y los demás son Benobo. Mokia Jazmín y yo hemos sido amigos desde siempre; nos conocemos desde la fábrica de producción. Quizás ya no chateamos mucho, pero la sigo queriendo. A Tomorola Soto lo conocí cuando quise tomar mi primera foto; él me enseñó cómo enfocar y desenfocar la cámara. Desde entonces hemos compartido las fotos que hacemos en nuestra vida diaria.

Mientras que voy a mi escuela, que se llama Pelssel, me he preparado a escondidas para ser un diseñador de aplicaciones, pero sólo mis padres lo saben. Si se enteran mis compañeros, amigos y profesores Abol, todos me dirían lo mismo: "¿Qué? ¿Quieres ser diseñador de aplicaciones?, pero si eso sólo lo hacen los Abol, ¡no los Shiamonis como tú! ¿Por qué no te dedicas mejor a la calidad de videos? A los Shiamonis no les es tan difícil como a los Mokia".

Y es por eso que estoy harto, harto de vivir en esta comunidad donde fácilmente puedo ser rechazado de mi sueño sólo por mis capacidades de RAM y calidad de cámara. Siempre he querido hacer algo para cambiar esta visión basada en estereotipos que tienen todos, pero nunca he tenido el valor ni la oportunidad de hacerlo.



Por las noches, mis papás tienen la costumbre de ver las noticias antes de dormir y, por lo general, ya estoy dormido a esas horas. Pero una noche en la que no podía dormir escuché algo terrible de las noticias que estaban viendo mis padres.

Que los celulares Abol discriminan a otros celulares no es noticia nueva. Tristemente considero que ya es costumbre en mi comunidad. Pero lo que realmente me impactó fue que los Abol se están saliendo de control y ahora discriminan a los demás por cualquier cosita.

Esa noche no pude dormir y quise llegar a mi escuela lo más rápido y temprano posible. Ahí me ven convenciendo a mi mamá para que me llevara a la escuela a las 6 de la mañana (las clases empiezan a las 8).

La mañana siguiente, fui a mi escuela Pelssel como un día cualquiera; la única diferencia era que estaba muy agotado y con sueño, pero ese mismo día algo inesperado me daría la oportunidad que me faltaba para cambiar a mi comunidad y seguir mi sueño.

Cuando entré por la puerta principal de Pelssel, la directora Abol me recibió con estas palabras:

—Hola Shiamoni. Tu funda se ve muy bien hoy. Me alegra que al fin hayas llegado temprano; siempre llegabas una hora tarde.

—Sí, directora Abol, pero tengo un problema —dije con voz un poco baja.

—¿Cuál es tu problema, Shiamoni? Aprovecha que aún no empiezan las clases para que me cuentes todo lo que quieras —dijo la directora Abol con su característica sonrisa.

—Mire, *dírec*, lo que pasa es que anoche escuché en las noticias que los índices de discriminación de celulares, por parte de los Abol, han aumentado mucho, y eso me tiene preocupado —le conté.

—¿Pero por qué, Shiamoni? —dijo la directora Abol.

—Pues, porque mis padres me contaron que hace como tres años, cuando ellos recién fueron fabricados, todos los celulares eran discriminados por los Tomorolas debido a que tenían las me-

jores cámaras, y que eso provocó un gran número de manifestaciones por todo el Internet y la ciudad. ¡Hubo una gran cantidad de celulares dañados e incluso destruidos por las protestas y el descontento social en general! Tengo miedo de que se repita la historia ahora con los Abol siendo los de mayor gama —le dije mientras me iba despertando.

—Oh, Shiamoni, no te preocupes. Mira, dentro de una semana tendré una conferencia superimportante, a la que asistirán varios diputados de la ciudad, por lo que puedo platicar respecto a eso que me acabas de decir —dijo la directora Abol con tono enfático.

—¿Ah, en serio? —pregunté desconcertado—. Muchas gracias, *direc*. Tenerla como directora a usted es una ventaja enorme.

Y me quedé esperando a que los demás llegaran.


Desde que tuve esa conversación, no podía dejar de pensar en qué palabras e ideas podría decir la directora, por lo que me di a la tarea de expresar, de forma escrita en PDF, todo lo que siento. Todas las ideas y razones por las cuales creo que no se deberían juzgar a otros celulares por cosas como pixeles, gama, versión, etcétera. Esta es la oportunidad para que yo, Shiamoni, de sistema Aroid 7, cambie de visión a mi comunidad.

Pasaban los días y yo esperaba cada vez con más ansias que la conferencia sucediera. Ya hasta me veía en unos años diseñando aplicaciones para ayudar a los celulares viejitos.

Dos días antes de la conferencia de la directora Abol, le entregué el formato PDF de mis ideas y le pedí que se basara en ellas para la conferencia. Ella aceptó y guardó mi PDF en la nube para que no se le olvidara.

Finalmente, el día llegó.

Mientras estaba en la clase de Habilidad Digital en la escuela, el profesor nos encargó hacer unos ejercicios de evaluación del bloque, lo cual supe que se me complicaría un poco porque nunca puse atención a esa clase. Afortunadamente, era por parejas, así que decidí hacer pareja con mi vieja amiga Mokia Jazmín, que, por cierto, va en mi salón.



—Entonces, Shiamoni, si dividimos esta fracción por su cuadrado nos saldría la respuesta a la última pregunta —dijo Mokia Jazmín mientras terminaba de escribir la respuesta a la pregunta 8.

—¡Wow, Mokia, eres superlista! Qué bueno que somos equipo para esta actividad. ¡Terminaremos antes que los demás! —dijo mientras rápidamente volteaba a ver las ventanas del salón que daban hacia la oficina de la directora Abol.

—Ji, ji. Mira: te puedes encargar de las preguntas 3 y 5 mientras yo me encargo de la primera, ya que con esa nos hicimos bolas. ¿Va? —dijo Mokia Jazmín mientras le sacaba punta a su lápiz.

—Sí —dijo preocupado mientras mantenía la mirada en la ventana, tratando de ver si la directora se encontraba en su oficina.

—¿Estás bien, Shiamoni? —me dijo Mokia Jazmín mientras volteaba a verme.

—Sí, es que... ¿has visto a la directora Abol el día de hoy? —le pregunté preocupado.

—Ah, no. No vino. Lamentablemente fue afectada por un virus, pero uno chiquito. Probablemente vendrá en tres días —dijo Mokia Jazmín.

Al oír las palabras de Mokia me atacó el pánico. Se suponía que hoy le tocaba a la directora Abol dar su conferencia basándose en mis ideas para poder hacer que todos abran los ojos, como dicen en Internet. Tenía muchísima ilusión a que la directora diera la conferencia, pero, si le dio un virus, ¿cómo transmitiré mis ideas? Si lo hiciera por medio de una transmisión en vivo o un video de Internet no sería tan escuchado como en una conferencia presencial. ¿Qué debía hacer?

Justo después que esas últimas tres palabras que pasaron por mi mente recibí un mensaje de parte de un administrador de la conferencia de la directora Abol. Sin duda, esas últimas tres palabras pidieron ayuda.

—Emm. Tengo que ir al baño para cargar un poco mi pila, Mokia —dijo ansiosamente.

—Sí, no hay problema. Mientras haré tus ejercicios también, si no te molesta —dijo Mokia Jazmín alegremente.

Le pedí permiso al profesor para que me dejara ir al baño a cargar mi batería; afortunadamente el profesor me dio permiso.

Corrí rápidamente al baño y, en cuanto llegué, revisé el mensaje del administrador, que decía lo siguiente:

“Hola Shiamoni, somos los administradores de la conferencia de estado del día de hoy, 9 de abril de 2020. Probablemente ya te has enterado del desafortunado estado de la administradora Abol. Previamente ella nos pidió que, en caso de cualquier incidente, contactemos contigo. Ella dice que darías la conferencia mejor que ella, así que nos confirma que eres de fiar. Te esperamos en la sala de conferencias del centro de la ciudad; empieza a las 16 horas la conferencia. En caso de que no puedas asistir, notifícanos para, en todo caso, cancelar la conferencia.

Atentamente: administradores Tomorolas”.

Me emocioné al terminar de leer el mensaje. Sólo tenía que pasar este día normal de escuela, asistir a la conferencia y posiblemente, ¡listo! Habré cambiado, aunque sea un poco, a mi comunidad.

Regresando del baño, me propuse olvidarme de la conferencia durante el resto del día, y así lo hice hasta la hora de salida.


En cuanto mi mamá llegó por mí le enseñé el mensaje de los administradores, y ella me llevó rápidamente a comer en un pequeño menú que estaba cerca de la escuela. En cuanto terminamos nos dirigimos a la conferencia.

Conforme me iba acercando mi corazón se aceleraba, y mis ganas de cambiar mi comunidad y alcanzar mi sueño también. Incluso empecé a agradecer un poco que la directora Abol hubiera contraído ese virus, pues de esa manera podía expresarme directamente con el público de la conferencia.

Pasaron como 20 minutos. Me estaba distraendo con juguetos que tenía instalados cuando mi mamá me dijo mientras se estacionaba afuera de un edificio:

—Ya llegamos, cariño.

—Gracias, ma. Te enviaré mensaje cuando haya terminado —le dije mientras me bajaba del coche y empezaba a dirigirme hacia el edificio que, por cierto, me pareció familiar.



Atravesé aquella puerta metálica de color gris que daba entrada al lugar; sólo tuve que adentrarme un poco más en el lugar para ver pasillos y pasillos llenos de puertas a los costados. Al final del pasillo que estaba frente a mí pude ver dos Tomorolas, ambos con una funda que ostentaba un logo que también me parecía muy familiar. Uno de ellos tenía funda de color verde oscuro, mientras la del otro era gris. Me percaté de que con la mirada buscaban a alguien.

En cuanto voltearon y me vieron, se acercaron a mí rápidamente. No voy a mentir: me asusté por un segundo.

El Tomorola de funda gris me dijo:

—Qué bueno que llegaste.

—Espera. ¿Cómo me reconociste sin que yo te dijera nada? —le pregunté.

—Digamos que la administradora Abol nos platicó de ti y de tu apariencia, e incluso nos mostró fotos tuyas —respondió.

—De verdad ella confía en ti —intervino el Tomorola de funda verde oscuro.

Verán. La directora Abol siempre me tuvo paciencia y atención como si fuera mi segunda madre. Ella no es la típica directora enojona y regañona de muchas escuelas, sino todo un bombón. Pero lo que me dijeron ambos Tomorolas me hizo apreciarla aún más.

—Ven. Te guiaremos a la sala correspondiente para la conferencia —dijo el Tomorola de funda gris mientras ambos Tomorolas me empujaron suavemente para llevarme al lugar.

A cada centímetro que avanzaba me ponía más nervioso. No me podía creer lo que iba a hacer; incluso sentía como si necesitara más tiempo para prepararme, pero ya era demasiado tarde. Era el momento de cambiar la visión de los demás celulares. Yo tenía guardado en la nube mi PDF; estaba más que preparado. No se me ocurrió un tema de conversación para el camino, así que decidí estar igual de callado que ellos mientras lentamente se acercaba mi momento.

Entré por el costado de un auditorio con las típicas cortinas rojas a los lados. En cuanto aparecí a la vista del público, se empezaron

a escuchar sus murmullos que para nada expresaban pensamientos positivos, como preguntando “¿Quién es este celular cualquiera?”, lo que me puso aún más nervioso.

Pero, por alguna extraña razón, en cuanto me dejaron frente al micrófono los dos Tomorolas y se fueron, todos esos nervios que se habían acumulado desaparecieron. Lo único que sentía era confianza y me sentía preparado para dar la conferencia.

Probé que funcionara el micrófono; por supuesto, preparé mi bocina y me dispuse a empezar:


“Como sabrán, los índices de discriminación han aumentado constantemente en los últimos días, y todos los celulares de todos los tipos y marcas son afectados, excepto los Abol. Tras mucha búsqueda por Internet, llegué a la siguiente conclusión sobre este problema”.

“¡Ya apúrate!”, gritó furiosamente alguien del público. Me dejó un momento en *shock* su comentario, pero lo ignoré y continué.

“Miren, hay distintas capacidades y especificaciones que tenemos cada uno de nosotros: mientras que los Tomorolas tienen mejores cámaras, los Abol tienen la mejor gama; mientras que los Mokias tienen mejores bocinas, los Shiamonis tienen los mejores pixeles”.

“¿Y entonces?”, preguntó alguien del público, enfadado. Creo que fue el mismo sujeto que gritó unos momentos antes. Definitivamente no le agradé.

“Pues, de que lo que realmente importa es que todos podemos hacer las mismas cosas porque ¡todos somos iguales! Todos podemos sacar fotos con nuestras cámaras, todos podemos reproducir videos en nuestras pantallas, todos tenemos pulgadas, todos podemos procesar diversas aplicaciones al mismo tiempo. ¡Todos podemos hacer las mismas cosas! Lo que sucede es que algunos celulares son mejores que otros en ciertos aspectos, pero, a su vez, son superados por otros celulares en un aspecto en el que no son buenos. Por ejemplo, yo soy un Shiamoni y tengo mejores pixeles que un Abol, pero el Abol tiene mejor gama que yo. ¡Lo que realmente importa es esta capacidad que tenemos cada uno de nosotros para



hacer las distintas cosas que hace un celular! ¡Todos deberíamos ser respetados por igual, y no deberían existir estereotipos que nos 'clasifiquen' por grupos con prejuicios! Porque aquellos que discriminan a los que son diferentes a ellos lo hacen porque se creen superiores, ¡y aquí nadie es superior que nadie! Todo aquel que discrimina, por más superior que se crea de otros, a la vez es inferior que algunos. No sé si me estoy dando a entender, pero a lo que quiero llegar es a que todos tenemos cosas superiores e inferiores a otros, pero no hay motivo para discriminar a los que son inferiores que tú, porque de todas formas todos somos equivalentemente iguales y tú eres inferior desde la perspectiva de alguien. El simple hecho de pelear nos hace ver como unas máquinas sin inteligencia artificial, como un pedazo de metal que tiene vida propia, pero no puede ni convivir bien con los de su misma especie. ¿Alguna pregunta?”.

El público se quedó callado; hubo un silencio que al menos yo sentí eterno. Un silencio que para mí significaba que logré dar un impacto. No sabía qué hacer en esos momentos; me quedé quieto, como esperando una señal para que me pudiera ir o algo parecido.

Pasaron como cuatro años de silencio y después todos empezaron a reproducir sus audios de aplausos individuales. En pocos segundos el auditorio entero se llenó de aplausos. Me sentí realmente feliz y calmado porque logré dar la conferencia.


En cuanto salí del edificio, mi mamá me dijo que escuchó lo que dije, porque la conferencia había sido transmitida por Internet (¡y yo que pensaba que no iba a funcionar una transmisión en vivo por Internet!). Honestamente ya esperaba dar un impacto, pero no un impacto *tan impactante*, si es que me doy a entender. Llegué a mi hogar y empecé a recibir mensajes de felicitación de mis compañeros de la escuela: de Mokia Jazmín, Tomorola Soto e incluso de la propia directora Abol. En las siguientes semanas me volví un poco famoso tanto en mi escuela como en Internet.

Dos meses después, mi mamá me dijo que había interés para empezar una nueva campaña llamada: “Diferentes componentes, mismas capacidades”, y esa campaña la encabezaría yo.

En conclusión, al fin pude hacer que los demás se dieran cuenta de que cada quien es especial en su estilo (en este caso, su modelo), que nadie debe atacar las diferentes capacidades que nos hacen individuos únicos, y también la importancia que tiene una comunidad en la que todos se respetan mutuamente, porque así puede existir una mejor administración política, económica y social.







Segunda categoría
Tercer lugar

El corazón de Nakúh

Edgar Uriel Chantes Galindo



—*Chicos: guarden silencio*, que les van a presentar a un nuevo compañero —dijo la maestra de Orientación.

En ese momento, por la puerta del salón apareció un chavo con la mirada baja, que parecía sin ganas de presentarse ante el grupo. El chavo no decía nada.

La maestra continuó:

—Siéntate, Nakúh. Pronto tendrás más confianza y podrás presentarte con tus compañeros.

Algunos se empezaron a reír porque les pareció chistoso su nombre; también se burlaron por el morral de lana que llevaba colgado al hombro. Él se quedó callado y se sentó en una banca que estaba muy atrás.

Yo estudio en una secundaria ubicada en el centro de la Ciudad de México. Mi escuela es considerada una de las mejores secundarias públicas y a ella llegan niños de todas partes de la ciudad, pero nunca había conocido nadie que se llamara Nakúh ni había visto un morral como el suyo.

Contrariamente a lo que pensaban los compañeros, el morral que cargaba Nakúh me pareció muy original y único: era todo de lana con unos bordados como de soles, lleno de símbolos y muy chido.

Me entristeció ver que al día siguiente Nakúh ya no lo llevó más; en cambio, apareció con una mochila negra estampada con una palomita, igual a la que traemos casi todos los del salón. Eso me pareció una verdadera lástima, pues yo me quedé con ganas de preguntarle dónde había conseguido ese morral tan chido.

Pasaron los días y algunos compañeros seguían burlándose de Nakúh: que por su nombre, que porque no hablaba, que por el morral que llevó el primer día, que por su cabello... en fin, puros pretextos, pero ninguno se había preocupado por conocer más sobre él. Yo, la verdad, prefiero investigar y conocer antes de juzgar, pues con conocimientos lo desconocido se vuelve cercano. Así que en cuanto llegué a mi casa *googleé* su nombre; descubrí que Nakúh significa “corazón” en totonaco, y me pareció un nombre muy fuerte e interesante. “Mañana le pregunto, a ver si le atiné”, pensé.

Al otro día me le acerqué a la hora del recreo. A Nakúh le alegró saber que yo sabía el significado de su nombre. Me dijo también que gran parte de su familia, entre ellos sus abuelitos, viven en Papantla, que está en Veracruz. Me platicó que ya tenía varios años viviendo en la ciudad junto con sus papás y su hermana, pero siempre esperaba las vacaciones para ir a Papantla, que es un pueblo con muchas tradiciones y comida muy sabrosa.

Se nos fue el receso en pura plática y no tuvimos tiempo de comer. Quedamos en que al día siguiente compartiríamos el *lunch*.

—¡Pero te traes algo de por allá! —le grité antes de despedirnos a la hora de la salida.

Al otro día saboreamos unos ricos tlacoyos de frijol molido. Yo ya los conocía porque son muy comunes en la ciudad, pero los que llevó Nakúh estaban más ricos, la verdad. Yo llevaba una torta con mucho aguacate, que igual nos cayó bien.

A partir de ahí nos hicimos amigos y los que eran mis amigos empezaron a hablarle también; al principio poco, pero pasados unos días se les quitó y cotorreaban con Nakúh, quien resultó ser muy divertido.

—Es chido Nakúh —me dijeron, y con eso quedó incluido en nuestro grupito.

Yo le ayudaba en Matemáticas y él me ayudaba en Educación Física porque yo no soy tan bueno en los deportes, pero con Nakúh en el equipo era casi seguro ganar.

Cuando le preguntábamos el porqué de su agilidad física nos decía que desde niño le gustaba correr y trepar árboles, que allá, en el pueblo, había mucho espacio para eso y que, incluso, cerca de la casa de sus abuelos está Tecolutla. Yo recordé que una vez, de chiquito, mis papás me llevaron y allí vi la arena como gris. Por la noche nos quedamos en la playa y comenzaron a salir montones de cangrejos de debajo de la arena. Nos echamos a correr. También había mosquitos muy grandes que nos habían picoteado todo el cuerpo, pero a pesar de eso había sido una excursión muy bonita.

Nakúh sólo se reía de la manera en que los de la ciudad estamos tan desacostumbrados al contacto con la naturaleza y cómo ella se ha de divertir con nosotros siempre que salimos a lugares abiertos donde hay vegetación.

—Y tú serás muy consentido de la naturaleza, ¿no? —le dijo uno de los amigos.

—La conexión con la naturaleza es muy importante; siempre hay que agradecerle las riquezas y los dones que nos regala —dijo Nakúh.

Los amigos lo vieron con extrañeza y, aunque Nakúh quiso explicar algo más, prefirió quedarse callado. Había cosas que él sabía y no nos decía, como si fueran muy misteriosas o como si no las fuéramos a entender. No aportaba a las pláticas: sólo escuchaba.

Pasaban los días y Nakúh parecía observar y copiar todo lo que veía que hacíamos en ese pequeño grupo de amigos del que ya formaba parte, pero las burlas por parte de otros compañeros siguieron durante todo el año, y Nakúh era muy callado y no daba su opinión. Frente de los demás amigos no platicaba nada de lo que me platicaba a veces a mí, sobre Papantla, Veracruz, la tierra de sus abuelitos.

Él sabía mucho sobre culturas indígenas. Tenía una credencial de la biblioteca y por las tardes pasaba por libros, la mayoría de ellos acerca de culturas mesoamericanas y su cosmovisión. Eso le llamaba mucho la atención.

Un día estábamos viendo en Historia el tema de las culturas mesoamericanas, la maestra nos comentó que teníamos que hacer grupos para exponer. A mí se me ocurrió levantar la mano y decir que Nakúh sabía mucho del tema. Los compañeros se empezaron a reír como si eso fuera algo vergonzoso.

—Pues claro, ¡si es bien totonaco! —gritó un compañero del salón, provocando más risas.

En ese momento la maestra avisó que la clase había terminado y le pidió a Nakúh que se quedara a hablar con ella mientras todos se retiraban del salón.

Nakúh me lanzó una mirada muy fea, como si yo hubiera hecho algo malo.

Lo esperé varios minutos a la salida, pero no salió y tuve que irme a mi casa porque mis familiares se iban a preocupar.

Al otro día, en la escuela, me acerqué a preguntarle cómo le había ido con la maestra de Historia.

—Pues... me preguntó qué tanto sabía del tema y pues le dije... ya ves que siempre me ha gustado leer sobre la cosmovisión mesoamericana. Y ella se emocionó tanto que ahora quiere hacer un festival de las culturas mesoamericanas para toda la escuela, y quiere que yo sea expositor y lo coordine junto con ella —me contestó no muy convencido de querer hacerlo.

—¡Órale, muchas felicidades, Nakúh! —le respondí.

—¡Sí serás tonto! —me contestó muy enojado—, ¿no te das cuenta de que se van a burlar de mí?, que me seguirán diciendo “naco” en vez de Nakúh, y ahora con mayor razón seré el “autóctono” de la escuela y me van a seguir apodando el “artesanía”. Y justo ahora que empezaban a aceptarme en el grupo; y todo es por tu culpa —me respondió con mucha frustración.

En ese momento yo le hubiera querido decir que era un orgullo que pudiera destacar en algo que le encanta, algo de lo que lee mucho y decirle que todos los que se burlan lo hacen por ignorancia, pero, la verdad, no supe qué decirle y mejor me quedé callado.

Al día siguiente, la maestra de Historia lo llamó al frente para exponer sobre El Tajín, pero Nakúh se negó.

—No sé del tema, maestra, pero si quiere le presto esta pirámide que hicimos en la clase de geometría —dijo riéndose y mostrando una figura hecha de cartulina.

Su grosería provocó algunas risas en el grupo, y Nakúh sonrió con cinismo. Era algo que nunca había visto en él.

En los días siguientes Nakúh se portó muy raro: les contestaba mal a los maestros y dejó de cumplir con las tareas. La maestra de Historia lo deslindó de participar en la Feria de las Culturas Mesoamericanas por su “irresponsabilidad y cinismo” en clase. Para él era motivo de gracia y siempre que podía contaba su aventura de cómo logró que la maestra lo corriera de ese proyecto que “le daba hueva”.

Yo sabía que, en el fondo, Nakúh no estaba feliz porque en realidad el tema le apasionaba y sólo esperaba las vacaciones para ir a Papantla a visitar a sus abuelitos y familiares. Incluso en algún tiempo me había platicado de los hombres-pájaro, mejor conocidos como los voladores de Papantla. Y yo no lo sabía, pero él me platicó que durante el máximo esplendor mesoamericano varias culturas, como la mexica y la totonaca, también practicaron esa danza, entre otras cosas, para invocar a la lluvia y el maíz.

Y bueno, Nakúh sabía mucho de eso, pero se hacía el ignorante con tal de ser aceptado, según él, y no sufrir más *bullying*. Y eso a mí me enojaba mucho.

Decidí hacer algo al respecto y le conté todo a la maestra de Historia, aunque me criticaran después por meterme en lo que no me importaba. Pero sí me importaba.

Hablé a la profesora sobre la familia de Nakúh, que él sabía mucho sobre culturas mesoamericanas, le confié que él ya estaba fastidiado por las burlas de algunos compañeros y que los mismos que ahora *echaban relajo* con él eran los mismos que antes le hacían *bullying* y lo seguían haciendo.

Como si mis palabras la hubieran electrocutado, la maestra se levantó de su asiento y pasó a la acción. Preparó todo un equipo multi-

disciplinario (así dicen los maestros) y puso en alerta a la orientadora, a la psicóloga, a la directora, a la trabajadora social y al maestro de Formación Cívica y Ética para que atendieran el caso de Nakúh.

En ese momento yo hubiera querido desaparecer, pues parecía que algo muy *cañón* iba a pasar, como de mucha relevancia, y yo lo había propiciado. Nakúh iba a estar enojadísimo conmigo.

Para no hacerles el cuento largo, citaron a sus papás dos veces en esa semana. Y Nakúh fue requerido varias veces en la Dirección.

También fueron a la escuela unas personas a darnos varias pláticas acerca de igualdad, en las que hablaron de que la discriminación afecta la autoestima de quienes la sufren; también dijeron que la discriminación se debe combatir asertivamente con el diálogo y sin agresiones.

Reflexioné y luego imaginé una ciudad sin discriminación, igualitaria y sin injusticias, donde todos pudieran desarrollar sus capacidades y talentos y enriquecernos con lo que cada uno de nosotros tiene para ofrecer. Y si todas las personas respetáramos y aprendiéramos de las diferencias no habría discriminación.

En las pláticas mencionaron el respeto a la diversidad cultural y la no discriminación, tanto a los alumnos como a maestros y padres de familia. Nos dijeron que los adultos son los que más discriminan, la mayoría de las veces por ignorancia, y por eso era importante conocer estos temas desde que somos jóvenes o niños.

Algo cambió a partir de entonces en la escuela, en el grupo, y en Nakúh, pues dejó de sentirse avergonzado de los conocimientos que tenía acerca de sus raíces y de formar parte de una cultura tan rica en tradiciones y tan llena de historia. Y todos los demás nos dimos cuenta de que todos tenemos los mismos orígenes. En México somos un pueblo mestizo que, afortunadamente, aún conserva tradiciones milenarias, y eso es un orgullo, no una vergüenza.

La Feria de las Culturas Mesoamericanas se llevó a cabo semanas después, con mucho éxito, en la secundaria, y Nakúh fue uno de los principales organizadores. Se trató de un evento muy grande al que acudieron como invitadas incluso autoridades de la ciudad.

Se pusieron varios *stands* en el patio con información, gastronomía y actividades económicas de la enorme diversidad cultural con la que contamos en varios estados de la república, pero la más exitosa de todas fue la cultura totonaca, de la que se encargó Nakúh.

Con ayuda de sus padres, Nakúh llevó una miniatura de los voladores de Papantla. Mi amigo aseguró que el ritual inicia mucho antes de la parte del vuelo, que es la que más nos llama la atención a la mayoría. Nos explicó que la comunidad entera elige un árbol especial o sagrado que representa el centro del universo. Los voladores son instruidos desde pequeños y deben cumplir con muchas exigencias, pero la vestimenta que usan está muy chida, y a muchos nos dejó con la boca abierta.

Sus ornamentos representan animales, que son todos ellos parte de la naturaleza junto con el hombre y dependientes de los ciclos de la vida. Otros elementos representan al sol como máximo rey del universo. Cada hombre gira 13 veces en el aire y entre los cuatro completan 52 vueltas, que simbolizan los años que forman un ciclo solar, de acuerdo con el calendario prehispánico. Tan magnífico rito es considerado patrimonio cultural de la humanidad.

—Es un ritual que nos recuerda que no somos dueños de la naturaleza, sino parte de ella. En él se expresa el respeto a la naturaleza y el universo como un todo del que formamos parte —finalizó Nakúh, que se llevó los aplausos de todos los allí presentes. Bueno, la maestra de Historia casi estaba llorando de emoción.

Y les cuento que Nakúh se volvió famoso en la secundaria después de su gran participación. Volvió a llevar a la escuela su morral bordado, y los que se burlaban ahora quieren tener uno así. Nakúh dijo que nosotros, sus amigos, seríamos los primeros en recibirlo, mientras que los demás —je je je—tendrán que esperar a las próximas vacaciones.

El mío tiene bordada una serpiente muy *chida*.

Al final todos recibimos una gran lección de respeto y de orgullo por nuestras raíces. Entendimos que la diversidad nos enriquece a todos y que atacar a alguien o burlarse de él o ella por ser dife-

rente a lo que hemos visto sólo habla de nuestra ignorancia y nos impide aprender nuevas cosas.

A mí siempre me ha gustado preguntar, investigar y aprender lo que no sé. Nakúh dice que todos nacimos con un don y que es importante descubrirlo y seguir nuestro camino porque todos venimos al mundo con un propósito.

Nakúh dice que de adulto quiere ser historiador o arqueólogo: lo trae en el corazón.

Yo pensaba ser médico, abogado o economista porque soy bueno con las matemáticas, pero ahora, con todo lo que me ha platicado mi amigo, en verdad ya lo estoy dudando. Hay mucho por aprender.

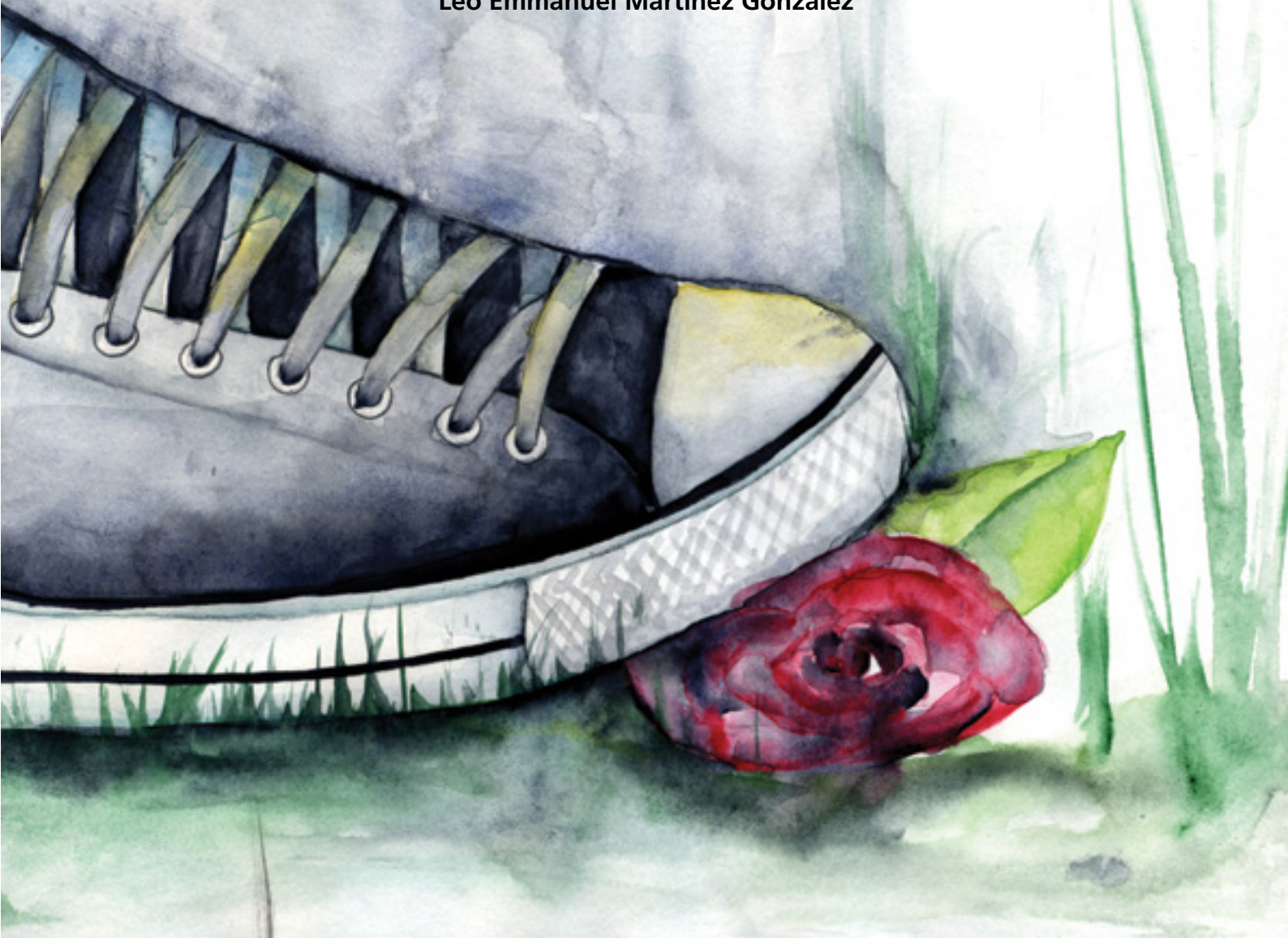
Por lo pronto, le hice prometer a Nakúh que me llevará con él y su familia a la próxima Cumbre Tajín. Faltan muchos meses, pero ya cuento los días para que llegue esa fecha.

¡Va a estar bien chido!

Tercera categoría
Primer lugar

Caída de una rosa

Leo Emmanuel Martínez González







Un rehilete marrón que perfora el aire.

el soplo de un gigante, el concierto de los pájaros, los bandidos peludos de nueces y cacahuates. Era lo que apreciaba Rosa en el parque mientras jugaba con los árboles, huía de los perros, a los que había alimentado y que la seguían con su cola helicóptero. Algunas veces el ruido del pájaro carpintero sonaba en la oscuridad de las hojas; ella retrocedía para ver la copa, pero tropezaba con una raíz, la raíz que abría la puerta del mundo pequeño para hacer aumento a la vida que se oculta en los pies con las cochinillas bolita que puedes juntar en la mano para luego soltar volando al sentir sus patitas en la palma.

La tarde traía una brisa que refrescaba para tirarse en la tierra, bajo la protección de los árboles amigos, casa de palomas y pájaros sacaojos que no son cuervos, el momento del día para que Rosa se tirara a leer el libro de lecturas de español. Todos sus libros se amontonaban en la mochila rosa, traicionera porque dejaba varias cosas por sus agujeros. Hace siempre su tarea en el mismo lugar, a esperar que su mamá recoja el puesto de frituras anaranjadas, papas con salsa, fruta con limón y polvo agridulce.

La lectura era acerca de la mosca plaga de los huertos. El libro recibió un ataque de tierra.

—¡Ey, la niña cochinilla!, ¿dónde están tus amigas? —le dijo una vocecita burlona.

—Cierto. ¿Y tus amiguitas? —repitió un coro.

—Ah, que no tienes; sólo a las ardillas y los perros. Tengan cuidado; no nos vaya a morder.

Rosa levantó la vista. Eran las niñas que siempre salían a molestarla. Las muchachitas viven en

la colonia, enaltecidas por su tercer piso de torre de marfil, el perro con pelo de algodón y jardines con flores trepadoras. El bombardeo empezó; bolas de tierra explotaban junto al libro y se deshacían en granitos amorfos petricor. A ella le podían hacer lo que fuera, pero no a sus libros.

Recogió todo para irse corriendo. La mochila, ya con todo adentro, era el escudo de hierro para defenderse de los proyectiles. Ahora las piedras se volvían perdigones. Ella tomó el camino que hacían unos arbustos como el acceso de una gruta a la ciudad perdida. Ya estaba lejos; se sentía el Pípila mientras avanzaba en cuclillas.

—¿A dónde se fue la mugrosa?

—Allá va, mira.

—Vamos, corre.

Los pasos que Rosa daba eran rápidos. Se sentía en situación de caza, como presa. Los cazadores la perdieron de vista y ella salió con su madre, todos listos para irse a casa. Ella ayudaba a empujar el triciclo con sus hermanos, más chicos que ella, que poco podían hacer, pero hacían un esfuerzo. Cuando llegaban a su casa sólo esperaban a su padre, cumplían con la tarea y jugaban en la calle a ser paleontólogos, naturalistas o superhéroes, algo que hubiera aprendido Rosa.

Su papá cargaba con un cántaro de aguamiel en un extremo y otro con tunas, en temporada, o miel en panal. Caminaba haciendo sonar timbres y tocando puertas, algunas veces en salidas de mercados, pero siempre andaba largos trayectos hasta volver a casa.

En la noche, su mamá les contaba una historia a todos juntos, mientras veían la luna por un pedazo roto de lámina. La luna era la luz de noche, esa luz borrosa que iluminaba el rostro de su padre, tostado por el sol.

Al despertar, siempre en una competición a vestirse primero entre ellos, todos salían a la misma hora al mismo lugar, a la escuela de Rosa. Su papá ayudaba con el puesto andante. Rosa siempre se sienta al frente para que la vea la profesora y no la molesten, aunque termina con accidentes de libreta cuando pasan al lado de su banca, con chicles en el cabello y, los peores días, no come su

torta con una cucharada de frijol refrito o huevo, pues, cuando lo intentó, el pasto no estaba bueno. Algunas veces se la quitaban para echarle cochinillas a la puré.

Su tiempo rondaba entre las actividades, que acababa en ocasiones antes que algunos, y las bolitas de papel disparadas en retaguardia. Cuando todos volvían al salón se convertía en detective. “¿Dónde pudieron haber dejado mi mochila?”. Ocho minutos para que vuelva la maestra. Arriba de la repisa no se ve desde atrás. Atrás del librero no se ve. Seis minutos. Por entre las patas de las bancas, mover los pies de compañeros, la que tiene una mochila del mismo color. Tres minutos. Afuera, el bote de basura, en la maceta, tampoco. Por la puerta. Llega la maestra y se sienta. No tiene los libros de la siguiente clase ni con qué escribir.

—¿De quién es esto? —levanta la maestra una mochila.

—Mía —levanta la mano Rosa.

Por alguna razón todos se ríen y ella se avergüenza cuando vuelve a sentarse, un comentario por allá de lo ennegrecida que está, otro porque está rota; la niña que come cochinillas. Pero ella se siente detective que fracasó en el misterio.

Sólo le habla su amiga Alejandra, que es prestada a veces, porque la hacen irse del lado de Rosa para jugar y ella no está invitada por ser tan rara.

—¿Qué haces mientras esperas a tus papás? —le pregunta Alejandra en la puerta.

—Voy al parque, veo las ardillas o juego con los perros.

—¿De quién son los perros?

—Pues creo que de todos. Siempre están en el parque.

—¿No te dan miedo?

—No, son amigables. ¿Tus papás se van a tardar en llegar?

—Siempre se tardan un poco. Mi mamá a veces sale tarde de trabajar.

—¿No quieres ir al parque?

—No, no me puedo mover de aquí —estaban cerca de la puerta del colegio.

—Bueno, para que viéramos a las ardillas. A veces se acercan si les das un cacahuete.

—No, me regañan si no me ve mi mamá. ¿Vas a ir a la fiesta de Laura?

—¿Va a tener fiesta?

—Sí, nos dijo que invitó a todo el salón. Mira —le enseña una invitación de princesa.

—Pues a mí no.

—Tal vez te la dé mañana.

—No creo. Nunca me habla; cuando me ve siempre se aleja. Una vez me puso el pie cuando salía del salón y me caí y se rio de mí.

—Mira: ya llegó mi mamá. Adiós —se fue Alejandra al coche.

—Adiós.

Cuando se fue Alejandra, Rosa recordó la vez en que ella saltaba como una corredora olímpica las veces que le ponía el pie cualquiera. Siempre se cuidaba de los pies obstáculo; se estiraban y ella saltaba. Después, si no había nadie, recibía su medalla en el baño, frente al espejo.

En el parque siguió con el escondite madriguera. En vez de escarbar se lo hacía de palos y ramas arriba de un hueco no tan profundo. Muchas veces se había caído todo; por eso lo construía como tejiendo el bejuco. Usaba el árbol grueso como pared de fondo; los laterales se sostenían por maderas clavadas tapizadas de hojas. La construcción fue adelantada por la necesidad de una protección. Rosa, cuando daba los últimos detalles, se puso las manos en la cadera y se sintió arquitecta, como en la portada de algún capítulo escolar. Después, cuando escuchó los pasos de los enemigos, se atrincheró, cogió el garrote para sentirse soldado. Lo cogió por el momento entre los brazos para ser la protección que los revolucionarios llevaron, la barra de un cavernícola o el fusil de un francés en alguna guerra mundial. Ellos buscaban en un huizache el momento perfecto para correr entre el fuego enemigo.

Salió disparada; llevaba el suéter con las mangas atadas en la barbilla: era un casco de color verde oliva peludo. La mochila iba en la retaguardia, saltando de un lado a otro con los lápices como maraca.

—¡Ahí va! Corre, lanza la piedra.

—Vamos, hay que alcanzarla.

—Mira, se metió por esos arbustos. Va con su mamá.

—¡Corre, niña cochinilla!

Logró pasar los barandales sin problema; había dado un salto en valla extraordinario. Casi cae por un mal aterrizaje, pero logró el equilibrio perfecto.

—¡Vámonos, Rosa! Ya es tarde —gritó su mamá.

—¡Ya voy!

Su mamá ya llevaba el carrito recogido y un poco avanzado. Su mamá pedaleaba y sus hermanos estaban empujando en los laterales, excepto el más pequeño, que se comía una golosina.

El sol estaba ya a punto de ocultarse cuando llegaban a la calle de su casa; siempre se veía el horizonte con los últimos rayos de luz. La despedida del astro se anunciaba con haces que anticipaban lucientes estrellas. Un foco iluminaba el espacio reducido todo en cuatro paredes; la luna era la salvadora de fantasmas y pesadillas con su conejo protector.

Después del desayuno de huevos se dio cuenta de que faltaba su estuche con los lápices, las plumas, los colores, las tijeras y todo lo necesario para la escuela. No le quiso decir a su mamá porque cada vez que iniciaba el ciclo escolar reutilizaba todo lo que tenía. Sólo cuando se acababa un lápiz se compraba otro, lo mismo con las plumas. Los colores ya habían durado dos años. Pero casi todo lo que estaba ahí era recolección de pedazos; los días en que barría guardaba gomas y todo lo útil que la escoba juntaba.

Llegó a la escuela con preocupación, pero se tranquilizó al pensar que la maestra le daría una pluma para escribir. Se sentó y la maestra llegó.

—Buenos días, maestra. Se me olvidó mi estuche, ¿tendrá una pluma que me preste?

—No, Rosa. Déjame preguntar. ¿Alguien tiene una pluma para Rosa? —gritó a todos.

—Yo, maestra —dijo Laura.

Fue sorpresa para Rosa que ella quisiera prestarle algo.

Laura tenía levantando la pluma que le iba a dar, pero cuando Rosa se acercaba y la maestra volteó, la dejó caer al piso.

—Ahí está, recógela —la pateó—. Te la regalo, no quiero tocar algo sucio.

—Gracias —dijo Rosa, pues la mágica palabra era necesaria siempre.

Mientras pasaban las clases logró recoger un lápiz brillante que estaba en el piso y nadie lo había reclamado. Lo cogió después de regresar del recreo. A media clase, cuando usaba el lápiz, gritó Santiago.

—¡Maestra! Rosa es una ratera. Me robó mi lápiz nuevo.

—¡Rosa la ratera!, ¡la niña cochina!, ¡Rosa la ratera! —a coro.

—¡Silencio! Rosa, ¿de dónde sacaste el lápiz?

—Lo encontré tirado.

—Devuélveselo a Santiago.

Rosa se paró y se lo aproximó, Santiago sacó una servilleta y lo tomó con disgusto. Cuando Rosa volvía a su lugar escuchó que lo aventó para encestarlo en el bote de basura y murmuró cosas inaudibles entre las risas de los demás.

Al final de la clase, la maestra preguntó por los equipos de limpieza; había faltado el alumno al que le correspondía. Rosa se ofrecía siempre que faltaba alguien, pues se distraía y le gustaba limpiar.

Cuando todos recogían sus cosas y hacían una fila india enfrente del salón se acercó Laura.

—Oye, te pido una disculpa por haberte aventado la pluma. Toma, es una invitación a mi fiesta. Es mañana.

—Muchas gracias —pudo decir en la sorpresa.

—Por favor, no lles regalo; así está bien.

—De acuerdo.

—Adiós —se le hizo una gran sonrisa.

—Adiós, hasta mañana.

Se imaginaba que tendría una nueva amiga, que si le hablaba ella podría juntarse con varias niñas más. Pero la imaginación se

detuvo por la meticulosa limpieza de tierra entre las líneas donde se unía el cemento, recoger papeles con mensajes secretos y restos del sacapuntas. Algunas veces había juntado las menuzas de lápices para crear un dibujo. Se sentía artista y era el proyecto que desarrollaba en el parque, juntando las hojas más verdes y pequeñas, pegándolas para hacer el pasto del arcoíris que se había hecho con el dedo. Esas obras terminaban sostenidas por el imán en el refrigerador.

Pero ese día sentía prisa por ir a su casa y pensar qué podría llevarse mañana; por eso se quedó todo el tiempo al lado del carrito para esperar a que el turno de la tarde saliera y se pudieran ir.

Cuando se iban cogió su mochila del suelo para empujar la mercancía e iba a guardar el lápiz que sacó de la basura y se dio cuenta de que no había ido por sus útiles escolares. Recordó su estuche y esperaba que estuviera en el campo de batalla, pero podía esperar, se quedarían en el parque. Tuvo miedo de que su mamá la reprendiera por perder las cosas, así que el lunes pasaría por ellos.

En el camino le dijo a su mamá; pensaba en el regalo que podría llevar, aunque Laura le hubiera dicho que no. Su madre le recomendó que lo mejor fuese no llevar algo, que la muchachita no querría hacerla gastar en un obsequio; por eso su petición. Pero ella pensaba llevar lo que siempre regalaban en fiestas con sus papás: un bote de miel. Esperó a su padre y le susurró en la oreja, le dijo de la fiesta y el regalo que quería llevar. Seleccionó su mejor vestido, el que se llevaba a las reuniones importantes, uno blanco con puntitos morados.

Se acostó con el deseo de abrir los ojos a los primeros rayos de sol, hacer todas sus labores, vestirse y salir.

El vestido le quedaba muy bien, aunque ya tenía años con él. Cepilló su cabello, todavía húmedo por la ducha, siempre con agua tibia en época de otoño, pues el único calor venía del sol. Su padre la subió en la parte de atrás de la bicicleta. Cuando se soltaba de los hombros de su padre sentía el viento en su rostro; sus cabellos se movían para todos lados. Cerró los ojos para sentirse elevar y volar

por encima de los edificios, con el aire limpio y las nubes blancas, acercarse a las estrellas ocultas atrás del esmog.

Su padre la besó en la frente cuando se despidió; le dijo que volvería a las ocho por ella. Le entregó el litro de miel. Ella caminó hacia la gran puerta del salón; unas rejas de metal protegían unos tablones de madera. Por alguna razón se llamaba El Castillo de los Sueños. Cuando entró fue como transportarse a otro mundo: castillos inflables de colores y payasos con animalitos de globo. Casi se imaginó en una película de princesa con una corte real y sirvientes en cada rincón. Laura apareció con un vestido azul y una gran falda, unos guantes blanquísimos y una diadema reluciente.

—Hola, pasa. Vamos a jugar.

—Gracias, toma —le dio la miel.

—¡Ah!, no te hubieras molestado. ¡Mamá!

Se acercó una señora muy arreglada, con aretes que parecían diamantes.

—¿Qué pasó?

—Toma, miel. Y llegó una amiga.

—¿Y tus papás, niña? —le dijo a Rosa.

—Van a venir a las ocho por mí.

—Bueno, pasa. Ahí hay aguas, refrescos, nieve, dulces. Lo que quieras puedes tomarlo o pedirlo.

—Gracias, señora.

Se dio la vuelta para continuar con los señores bien vestidos en la mesa redonda, grande y con platos y copas para cada persona. Había dejado la miel en la cocina. Laura recibió a otro invitado que le dio una bolsa de regalo, la llevó a una mesa amplia donde se apilaban listones, cajas y envolturas.

—Vamos al trampolín —dijo Laura a todas las niñas que la seguían. Rosa se quedó parada; muchas veces ese llamado la excluía a ella.

—Vamos, —le dijo repentinamente alguien que se separaba del grupo.

—¡Alejandra! No te había visto. ¿Llegaste hace mucho?

—No, vamos —se volteó rápidamente.

Ambas fueron, se quitaron los zapatos y se subieron al inflable; otras se subieron al trampolín, pero Laura estaba ahí con ella. Estaban saltando, sin palabras, sólo risas cuando se tropezaban y rodaban por el piso y caía otra para evitar pisarla. Rosa saltaba en círculos. Cuando pasó por enfrente de la entrada sintió un golpe al costado, salió disparada hasta el pasto, se golpeó el brazo y se raspó la rodilla.

—Perdón. Me iba a caer y te empujé. ¿Estás bien?

—Sí, sólo me raspé un poco.

—¿Estás bien? —salió Laura.

—Sí.

—Te ayudo. Vamos por helado —la ayudó a levantarse.

A todas les dieron un vaso con helado de varios sabores y con chocolate que se había petrificado al poco tiempo. Laura parecía otro ser, tan amable y servicial, repartiendo los envases. Rosa comía uno de fresas; incluso salieron pequeños trozos de fruta. Estaban todos los niños sentados en mesas pequeñas, puestas en el centro de la explanada de pasto que cubría todo rastro de tierra. Rosa daba cucharadas con ímpetu, la retorció para que se llenara a toda su capacidad, pero en un bocado sintió algo peludo que se movía. Luego la lengua le empezó a arder; escupió todo lo que estaba en la lengua. Ahí yacía el cuerpo de una masa amarilla con rayas negras, aplastada, que se desfiguraba junto al helado.

—¿Qué tienes, Rosa? —corrió Laura a verla.

—Creo que me picó una abeja. Me arde la lengua.

—Ven, vamos con mi mamá.

Ambas fueron con la señora, que mandó a traer una paleta de limón mientras se bajaba la hinchazón.

—Siéntate allí. Espera a que tus papás lleguen, pero no podrás jugar por un momento.

Se sentó a ver cómo jugaban. El cielo empezaba a llenarse de nubes. Estaba sola; Alejandra jugaba en los columpios y Laura estaba con un payaso. Repentinamente, ésta levantó la mano y apuntó hacia Rosa. El payaso se acercó en cuatro patas; ladraba y se movía

muy extraño. Traía un globo de perro salchicha que le dio cuando estaba frente a ella, jadeaba y empezó a ladrar. Todos les dirigieron la mirada. Varias niñas del salón se empezaron a reír. Sacó la lengua y se sentó. “La niña de los perros”, se escuchó entre las risas. Se tiró y dio vueltas, se hizo el muerto. Las mujeres y señores se carcajearon del acto. ¡Que haga una maroma! El payaso dio una modesta vuelta y se puso de pie para recibir aplausos. Todos aplaudieron. Rosa estaba extrañada, le dolía la boca y estaba cansada.

La llovizna empezó a acariciar el viento. Adelantaron la hora de la comida y todos estaban en la parte techada del salón. Los niños comían perritos calientes; los grandes, sus platos con una sopa verde y después un pedazo grande y rojizo de carne, pero a ella le habían apartado todas las paletas de limón que estaban en el congelador. La animó que la invitaran a sentarse; Laura y Alejandra comían a su lado; le habían apartado un lugar. Chupaba la paleta con felicidad; sentía frío por la piel, pero lo compartía con sus amigas.

—Oye, ¿vamos al jardín? —dijo Laura.

—Pero está lloviendo.

—No importa. Vamos un rato; sólo vamos a ir nosotras cinco.

—Bueno, vamos.

—Pero ten cuidado, que no te vean. Sal por ese lado —apuntó la esquina de la pared de lona.

Salieron todas, raspándose con las lonas. Se empezaron a mojar; su cabello se humedecía y despeinaba. Laura comenzó a caminar hacia unos arbolitos que estaban hasta la orilla.

—Mira ahí, Rosa, acércate.

Inclinó la cabeza. Laura la golpeó y cayó en el lodo.

—¿Crees que te invité porque quería ser tu amiga, niña cochinita? Yo nunca sería amiga de una pordiosera como tú. Eres sucia y pobre. Tus únicos amigos son las alimañas.

Las gotas le caían directo a los ojos.

—Come tierra. Me dio asco comer al lado de ti.

Todas empezaron a aventarle lodo. En la cara, en las piernas, el estómago.

—Regrésate a tu casa. Aquí nadie te quiere ver.

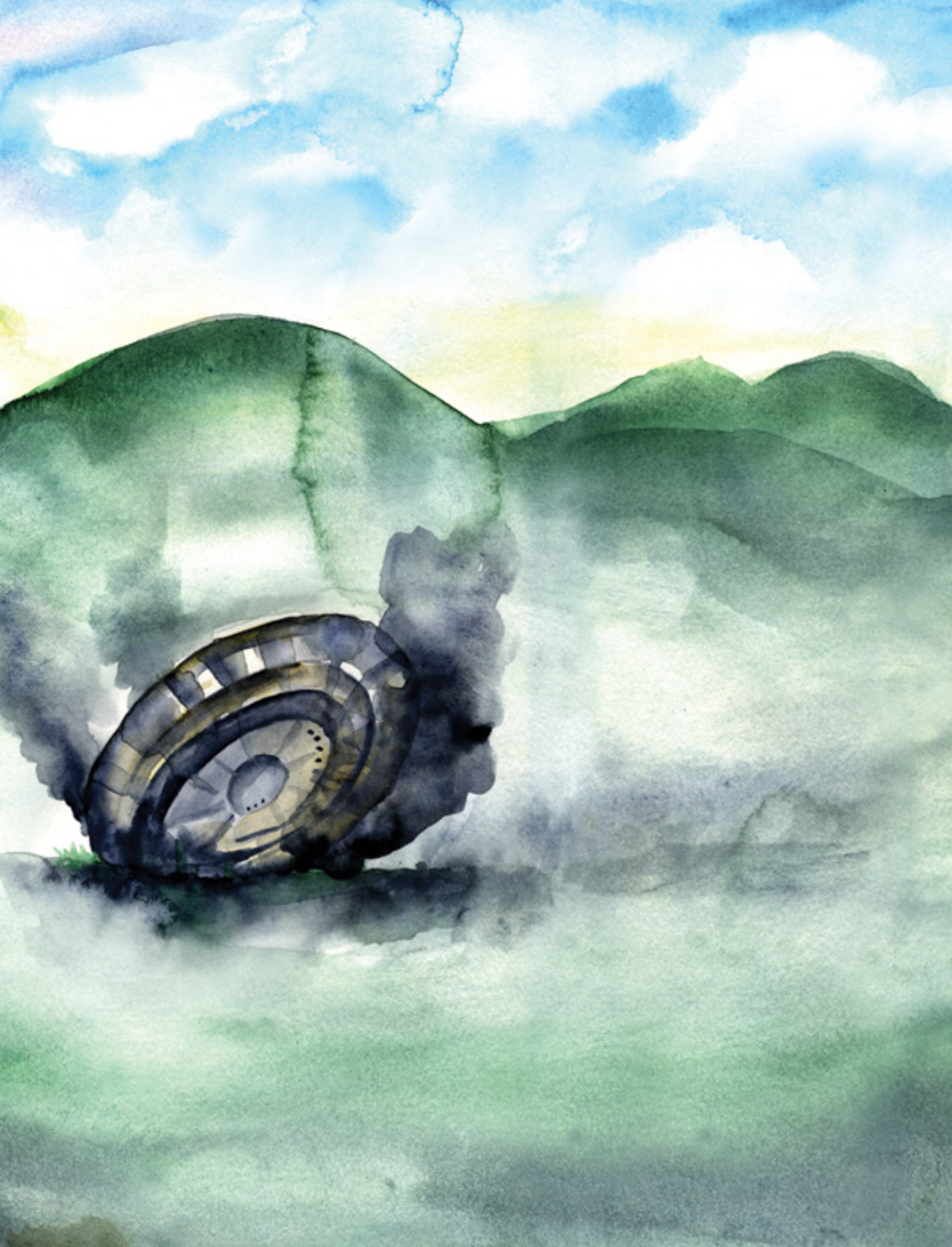
Todas se iban, pero regresaron a quitarle los zapatos; los lanzaron al tejado del salón.


Rosa seguía escupiendo la tierra de su boca. Empezaban a caer lágrimas de su rostro, el corazón le palpitaba bruscamente y en un arrebato se fue corriendo a la salida. Entre las gotas vio a Alejandra, que le gritaba.

Ella corría; los pies le dolían cuando se encajaba algo del suelo. Se dirigía al parque de siempre, pues lo había visto cuando su papá la llevaba. No supo cómo llegó, pero en un momento estaba en la entrada. El silencio se turbaba con el golpeteo del agua.

Cuando llegó, su refugio estaba derrumbado por el lodo que corría por las aguas. Las hierbas y ramas se atoraban entre la base de arbustos. Encontró su lapicera, sucia y con los lápices de fuera; se iban con la corriente. La copa del árbol protegía a Rosa de la lluvia. Vio sus pies sangrando; le corría un chorrito de la yema de un dedo. Se soltó a llorar desde el fondo del alma. El viento hacía crujir el enramado.

Volteó hacia arriba para llorar; caía una hoja de otoño. El viento pasaba, las aves graznaban, las ardillas se escondían. Era lo que apreciaba Rosa en el parque mientras sollozaba entre los árboles.





Tercera categoría
Segundo lugar

Centroide de la escasa humanidad

José Daniel Hernández Márquez



Era curioso ver sus comportamientos

del día a día. Los veían mientras navegaban en la misma órbita, como de costumbre. Nadie en la nave los comprendía realmente, aunque todo se veía claro: los mismos hechos una y otra vez; nunca se encontraba la razón. Esta era la clave, la pieza final para comprenderlos; sólo entonces podrían dar el primer paso, podrían hacer contacto.

Pero el tan anhelado contacto parecía algo muy lejano. Ni siquiera los observados podían entenderse entre ellos. Y quienes lograban entenderlo realmente no terminaban de hacerlo, y eran callados o ignorados.

Un día, uno de los tripulantes corrió nerviosamente por los pasillos de la nave, sin poder respirar, atropellando a todo aquel que se interponía en su camino. Todos lo vieron pasar alertados y los murmullos empezaron entre los tripulantes.

—¡Señor, capitán! —gritaba por los pasillos— ¡Capitán!, es importante.

Los pies se le calentaban por la velocidad con la que iba y el corazón bombeaba más rápido que nunca, buscando la subsistencia del tripulante, quien, a su vez, buscaba la de los demás tripulantes.

—Por favor, ¡escuche! —irrumpió en la sala del capitán.

El capitán lo vio y aceptó al tripulante, esperando su mensaje.

—Señor —dijo el tripulante, bajando la aceleración de sus sistemas—, el primer contacto ya se ha dado. Fue una falla en la sala de observación —el capitán lo vio, registró los datos y pensó fríamente, sin inmutarse.

—¿Cuántos son los involucrados? ¿Quiénes son los involucrados? —dijo el capitán esperando el siguiente mensaje.

—Hasta ahora se ha registrado uno, el causante del error, el tripulante Roda Torobla.

—Describe el accidente.

—Se encontraba en la zona de caída. El tripulante nunca entraba ahí, hasta ahora, y fue un accidente. El lugar de impacto ha sido en el sector del Centroide del Escaso.

—¿Contaba con entrenamiento de descubrimiento terrestre?

—El entrenamiento básico. Según lo planeado, ahora mismo debería estar disfrazándose.

—Contáctate con el tripulante. Usa los comunicadores por primera vez. Rápido —dijo el capitán fríamente.

El pobre tripulante se encontraba en dinamismo de caída. “Impulsores detenidos, atmósfera sobrepasada. Lugar del impacto: Centroide del Escaso”, dijo una voz en la cápsula.

Tanto el espacio como el planeta Tierra estaban en caos. Una cápsula de metal había quedado completamente destruida al impactar en la mitad del parque de un pueblo olvidado en México. El humo dificultó la visión del tripulante Roda por el planeta Tierra.

—¡Ayuda, por favor! —gritó desesperadamente—¿Hay alguien ahí? —tosió con humo en la garganta. Guardó silencio y escuchó. Parecía ser un lugar pacífico y callado.

—Tripulante Roda; habla el teniente Zap desde la tripulación —dijo una voz directo en el oído de Roda—. Espero respuesta.

—Escucho fuerte y claro.

—Está siendo monitoreado. Guarde silencio; no queremos que llame la atención. Ha ocurrido un fallo. Informo: usted ha dado el primer contacto prematuramente con la raza humana; se ha hecho presente en el Centroide del Escaso, pero aún hay tiempo de arreglarlo. Enfríe sus sistemas; se están calentando. Dígame, ¿qué ve fuera de su cápsula?

Roda se limpió la mugre, se acopló y siguió tosiendo. Asomó la mirada tratando de ver algo.

—Tripulante Roda, recuerde su entrenamiento. ¿Su disfraz humano ha sido desplegado? La señal de sus transmisores está fallando; debe salir de la cápsula —siguió la voz del oído entrecortadamente—. Debo recordarle que ha caído en el Centroide del Escaso, conocido por los terrestres como México. Es territorio prácticamente desconocido; sigue en observación temprana. El lenguaje tiene más reglas que nuestro propio código, además de estar en continuo desarrollo por ser mezcla de varios y de ser un territorio relativamente extenso y desuniforme, pero no debería causarle problemas con los datos que ya conoce. No tenemos registros de sus intenciones ni de su ideología. El contacto es demasiado prematuro. Extreme precauciones, pase desapercibido. ¿Ya se ha disfrazado? Sigue fallando la comunicación, pero no puede salir de la cápsula hasta tomar apariencia humana.

Roda silenció el comunicador; las voces apenas perceptibles lo estaban aturdiendo. Recordó sus clases de comprensión terrestre y una imagen de un humano se le vino a la memoria, pero seguía indeciso.

Prendió nuevamente el comunicador. —¿Zap?

—Sigo en contacto —dijo la voz entrecortada.

—¿Existen registros de su apariencia? —dijo Roda.

—Ahora mismo le mando su ACE (archivo de cuerpo escaneado). Hay pocos ACE registrados. Conforme más vea, tome características; también servirá de registro en la nave. Pero recuerde pasar desapercibido en todo momento.

Las últimas actualizaciones de México de archivos de cuerpo escaneado, de 1400 d.C., llegaron a las manos de Roda; varias imágenes y datos se desplegaron. Empezó a disfrazarse progresivamente, tomando las características de cada imagen.

—Debe salir; no debe ser visto cerca de la cápsula, tripulante Roda.

Finalmente, salió de la cápsula con apariencia de humano y respiró el aire fresco, no humo ni la atmósfera artificial de una nave en el espacio. Sintió y escuchó el crujir de las hojas y el pasto seco. Conocía esas sensaciones desde antes, pero sólo en pantallas y bo-

cinas de la nave. Volteó a todos lados y no encontró más que soledad en aquel parque.

—Zap; zona segura. No parece haber ojo humano.

—Sigue siendo elemental su disfraz humano. El rescate no debería tardar en llegar. Aléjese de la cápsula y aparente ser uno más en el planeta Tierra. Active la comunicación continua; así siempre podrá escucharme y yo a usted, tripulante Roda. Debo recordarle que aún no se conocen las intenciones ni la ideología de este territorio. Proceda con cuidado.

Roda se tocó el oído para activar la comunicación continua y se alejó progresivamente de la cápsula. Se detuvo en un lejano parque, donde, sentado en una banca, veía a la gente pasar. La mayoría, al ver a Roda, desviaban la mirada de manera indiferente. En cierto momento, un hombre se le acercó y le pidió que se marchara de aquel lugar.

—¿Qué pasa? —preguntó desconcertado el capitán al teniente Zap desde la nave—¿Por qué no puede estar ahí?

El hombre guardó su distancia con una mirada de desprecio. —Necesitas irte. Podrías asustar o incomodar a la gente —impuso impacientemente a Roda.

—Tiene la apariencia de un humano más ahí —se decía el capitán—. ¿Cuál es el error?

—Pido disculpas, señor —dijo Roda—, no es mi intención...

Un sonido empezó a salir del pantalón del hombre, quien sacó una delgada tablita negra con luz que acercó a su oreja. Vio directamente a los ojos de Roda, amenazante, y extendió el dedo, señalando fuera del parque. Se marchó furioso, gritando al aire, mientras seguía con la tablita cerca de su oreja.

Roda trataba de calmarse buscando las características en cada uno de los transeúntes. Divertido, tomaba la apariencia del señor de allá, la señora que pasaba, el pequeño que rodaba por el pasto y la muchacha que estaba ensimismada en sus pensamientos. Una alerta seguía apareciendo: "Proporción áurea descalificada en rostro. Apariencia física rechazada en el planeta Tierra".

Pero toda la recopilación de datos característicos de los habitantes del Centroides del Escaso se detuvo en cuanto una mujer se empezó a acercar, curiosa, a Roda.

—Pareces nerviosa y sola —dijo la mujer a Roda, sentándose en la misma banca—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Roda la miró extrañada. —No entiendo. ¿Por qué se ha acercado a mí? No es su problema; nadie más lo ha hecho.

—Lo sé, pero quiero ayudar, si es que me lo permites.

—Pero no es su trabajo. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Tripulante Roda, deténgase —le dijo la voz en el oído—. Acepte la ayuda o no dejará de insistir.

—¿En qué consiste la ayuda? —dijo Roda.

—Está demostrando lo que ellos llaman “sentimientos” —siguió diciendo Zap—. Le tiene lástima porque usted ha demostrado estar nerviosa y con miedo. Tripulante Roda, ¿usted también tiene sentimientos?

Roda ignoró la pregunta de Zap y siguió escuchando a la mujer.

—Entonces usted dígame, ¿cómo la puedo ayudar? —terminó de decir la mujer.

—¿Es común encontrar terrestres como usted, con sentimientos? —preguntó Roda.

—¿Cómo? —dijo la mujer confundida— ¿Terrestres?

—Error, tripulante Roda —dijo Zap—, el código empleado mayormente por ellos es “personas”.

—Perdón. Quise decir personas —Roda recalculó su diccionario—. ¿Es común encontrar personas con sentimientos?

La mujer dudó. —No estoy segura —dijo riendo—. Algunas veces me pregunto lo mismo. He visto tanta maldad y dureza en las personas que ya no estoy segura.

—Pero es un fallo, ¿cierto? —dijo Roda— La maldad sigue siendo causada por emociones con fallos.

—Sí, supongo que así es.

—Pero el fallo no se detiene ahí; siempre hay reacción en cadena —dijo Roda—. La maldad se encuentra en la grandeza

de las personas. Lo creen tener todo y buscan inferiores donde no los hay.

La mujer fijó la mirada en Roda. —Creo que debí acercarme desde antes: eres muy profunda. ¿Entonces dices que no debería haber sentimientos?

—Probablemente sentimientos con falla. Si no, no estarías aquí. Aún hay belleza terrestre... Belleza en las personas. Algo que nosotros no podemos entender, perdón, algo que no se puede comprender. Es una pena que no lo vean. Yo no sé cómo acercarme a una persona para ayudar; ese no es mi trabajo. ¿Por qué habría de hacerlo?

Ambas guardaron silencio y se miraron.

—Continúe, tripulante Roda —dijo Zap en el oído—. No sé qué hace, pero las bases de datos de comprensión terrestre se están llenando.

—¿Por qué te acercaste? —dijo Roda—. Sigo sin comprender. Soy una desconocida, no tengo nada que darte, nada de riquezas. Según entiendo, mi aspecto físico es rechazado aquí y mi sexo es considerado débil.

—Y aún te falta mencionar tu edad y parte de tu físico; el hecho de que seas indígena —le dijo la mujer.

—¿Mi edad?

La mujer asintió. Roda se quedó actualizando sus pensamientos, tratando de comprender las funciones humanas. —¿Esa es razón de exclusión terrestre? ¿Por qué el capitán de mi clan sería menos importante que yo? Él sabe; es mi maestro y líder, nunca podría alejarlo de mí.



—¿Tu clan? —susurró confundida la mujer—, pues... creo que podría ser considerado inútil. Ya sabes, buscar inferiores donde no los hay. Pude haber pasado de largo, pero necesitabas ayuda; se notaba. Entonces, ¿estás bien?

—Ya te lo dije: no tengo nada que darte.

La mujer sonrió. —Estoy contigo; eres un ser humano —Roda torció los labios— y realmente no eres tan diferente a mí.

—Tripulante Roda, voltee a su derecha —le dijo Zap por el comunicador—. Es hora de partir. El muchacho que se acerca también está disfrazado —Roda volteó la cabeza y vio a un adolescente acercándose—. Jamás podríamos haber aprendido más de los terrestres sin su ayuda. Fracasó exitosamente en el Centroide del Escaso.

—¿Es su nieto, señora? —dijo la mujer en la banca.

—Supongo —dijo Roda—. Quiero decir, sí. Es él. Debo irme —Roda se paró ágilmente, contrastando notablemente con la edad que aparentaba—. Nunca fue mi intención molestar a la gente. Creí ser tan normal como ustedes.

—Y lo eres, ¿no? —le dijo la mujer aún en la banca—. No todos lo ven así. Cuando haya humildad en las personas, sólo entonces México será incluyente. Gracias, fue bueno platicar. ¿Algún día volveremos a vernos?

—Ahora no parece algo lejano. Entiendo el rechazo a su propia especie al igual que su amor por ella. Los humanos son tan complejos como fascinantes, tan soberbios como humildes, tan malvados como nobles.





Tercera categoría
Tercer lugar

Un cuarto vacío

Jimena Monserrat Villegas Romero



Esta mañana me levanté con un sentimiento de soledad —irónicamente no vivo sola—; me bañé con la ilusión de despertarme; sé que estaba despierta, pero me sentía en una inexorable pesadilla, una pesadilla en que la vivía desde lo que pasó... Mi día a día es un martirio, siento cómo la esperanza resbala por mis dedos, desprendiéndose de mi alma; siento como si hubiera pasado ayer. No puedo voltear al pasado porque sin darme cuenta las lágrimas resbalan por mis mejillas, un rutinario dolor de pecho como si me presionaran el corazón; siento que respiro en el vacío. Todo eso lo vivía cada mañana, inevitable e hiriente; sin embargo, trato de continuar y luchar porque hay una vida que depende de mí, y por más que quiera desaparecer simplemente mi hijo me da la fuerza para continuar.

Después de ducharme, levanté a mi hijo y desayunamos juntos. En la mesa había un silencio tan penetrante y desolador... tal vez él notaba mi pena, y aunque tan sólo tenga ocho años percibe lo que pasa en mí. Yo sabía que él la extrañaba tanto como yo, pero teníamos que continuar con



nuestras vidas. Nos subimos al carro y traté de eludir el silencio con una estación de radio; las noticias llenaban el vacío del auto. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Cuando llegamos a su escuela él bajó del carro y sólo con su mirada se despidió de mí; podía notar la tristeza en sus ojos. Me sentí aún peor y, sin más, me fui a mi trabajo. En el transcurso traté de mantener mi mente vacía, pero no hay nada más peligroso que tu propia mente cuando tratas de evadir algo; es una constante contradicción, un truco de la mente, de autosabotaje, así que subí el volumen de la radio para no escuchar mis pensamientos.

Llegué al trabajo; lo de siempre: la misma oficina con el mismo olor a café barato de cafetera, las mismas personas que, por supuesto, me miraban con pena y lástima todos los días; me había acostumbrado a esas miradas y aprendí a sobrellevarlo. Me senté en mi lugar sin esperar nada, comencé a hacer mis deberes con la misma sensación de aburrimiento por lo monótono de mi trabajo. Al final de la jornada nos llaman para la paga, nos reúnen a todos para anunciar a los ascendidos y a los empleados del mes. Para muchos parecía emocionante, pero para mí era sólo una reunión más en la que se destacaba el machismo del jefe: siempre ascendía únicamente a hombres. Me daba rabia y coraje; ese mismo machismo fue el que me arrebató el sentido de mi vida, pero simplemente no podía decir nada; sabía que me despedirían si me quejaba y no me puedo dar ese lujo. Necesito sustentar a la única persona que me da vida: mi hijo.

Salí de ahí con mi paga para recoger a mi pequeño. Quise mejorar el día, así que lo llevé a una palettería local para comprarle un helado que tanto le gusta, y cuando vi su sonrisa, esa sonrisa que caracteriza la alegría de un niño por algo tan simple como un helado, sentí un calor de esperanza, una pequeña luz en mi corazón que me alegró por un instante.

Sin embargo, esa alegría fue momentánea y fugaz, porque al llegar a la casa y caminar por el pasillo principal vi su habitación, esa habitación vacía, decorada con flores y pósters de su música preferida. Todavía la recuerdo bailando y cantando por toda la casa;

llenaba de alegría cada rincón de nuestro hogar, pero ahora ella ya no está, simplemente queda un cuarto vacío lleno de recuerdos.

Andrea era una chica maravillosa; tenía una actitud positiva ante cualquier situación, y era tan hermosa, aunque ella siempre decía que no. Yo le decía que sus ojos me llenaban de felicidad con tan sólo mirarlos: eran tan grandes, tenían un color avellana tan espléndido y su cara estaba salpicada de pecas; tenía una tez morena y su cabello era largo, casi tan negro como la noche; su piel era tan suave, aunque siempre se quejaba de una marca de nacimiento que tenía en la muñeca izquierda, pero yo siempre le decía que era algo que la hacía simplemente única. Le encantaba ir a la escuela. Ella era muy extrovertida y tenía muchos amigos; estaba muy emocionada porque era su último año en la secundaria, y entusiasmada por hacer los exámenes de admisión para las prepas nacionales. Se esforzaba mucho en estudiar y yo jamás dudé de sus capacidades; sabía que entraría sin ningún problema, y aunque no entrara hubiera estado muy orgullosa por el esfuerzo y la dedicación que tenía. Ella no sabía rendirse.

Entré a su habitación, me senté en su cama y los recuerdos inundaron mi cabeza; toda su esencia se encontraba en ese cuarto y no sé por qué, pero tenía la tonta esperanza de volver a tenerla en mis brazos. Todavía recuerdo la primera vez que la sentí conmigo cuando nació; recuerdo su carita que me transmitía tranquilidad e inocencia. Era tan dulce... desde que la abracé por primera vez sentí ese vínculo de amor que hay entre una madre y su hija.

Vi su teclado musical lleno de polvo, lo que indicaba su falta de uso. Instantáneamente me vinieron a la cabeza las melodías que salían de sus dedos con tanta fluidez. Recuerdo que le apasionaba la música y llenaba de armonía la casa; le encantaba aprenderse las canciones favoritas de los demás y tocarlas. El Día de las Madres me cantó y tocó una canción que le gustaba mucho, que ahora ya no puedo escuchar porque al instante me viene el recuerdo de su voz y su risa, siento un vacío en el estómago que no puedo contener, me dan ganas de salir corriendo, aunque sería inútil hacerlo: no puedo escapar de mis sentimientos.

También observé una libreta en la que ella escribía poemas. Desde que era pequeña le gustaba escribir; sus poemas eran tan bellos... comencé a leerlos y cada palabra llegaba a mí como un torbellino que me inundaba de nostalgia, tanta que comencé a llorar; me anegaba en mis propias lágrimas, me sentía detenida en el tiempo, no podía dejarla ir y eso me dolía. Debía dejar ir todo ese dolor, pero era imposible cuando todos los días tenía que ver ese cuarto vacío y recordar la causa por la que ella ya no estaba.

Empecé revivir todo. Era un viernes en la tarde cuando mi hija, Andrea, me pidió permiso para quedarse en la casa de una de sus amigas para hacer un proyecto de la escuela. Vi que me lo pedía muy en serio, por lo que la dejé ir. Yo no podía llevarla, así que le dije que se fuera caminando; a esas horas en Cuajimalpa hay gente transitando, así que no me preocupé y asumí que era seguro, ya que la casa de su amiga no estaba tan lejos, pero esa seguridad que yo sentía fue un gran error. Pasaron varias horas desde que la dejé salir y yo estaba en el trabajo; cuando tuve tiempo le llamé a su teléfono, pero no me respondió. No le di importancia: "seguramente está ocupada, pronto me regresará la llamada", pensé. Pasada una hora le volví a llamar. No hubo respuesta y comencé a preocuparme; traté de calmarme y la volví a llamar otras cinco veces, pero fue en vano. Rápidamente busqué el número de la mamá de su amiga y la llamé; me contestó al instante, le comenté la situación y fue cuando sentí que se me iba la vida: me dijo que Andrea nunca había llegado a su casa y que pensó que yo no la había dejado ir.

Sentí que se me paraba el corazón. Una ola de sentimientos me arrasaba violentamente como un balde de agua fría. No quería entrar en pánico, pero eran casi las ocho de la noche. Me salí del trabajo y fui directo a la casa, revisé por todos lados y ella no estaba; su hermano no la había visto desde que ella salió de la casa. Llamé a todas las personas que pude para saber si estaba con algún conocido, pero nadie sabía de su paradero. Lo único que pude hacer fue llamar a la policía y en unas pocas horas activaron la alerta Amber. Ver su fotografía en esa alerta me hacía sentir en una pe-

sadilla; quería despertar, pero lo más duro es que sabía que estaba despierta y lo que pasaba era más que real. Esa noche no pude dormir. Estuve recorriendo las calles de Cuajimalpa en mi carro, con la ilusión de encontrarla. El trabajo de la policía me parecía poco; quería hacer algo, no podía quedarme sin hacer nada; sentía mucha impotencia, pero me di cuenta de que era inútil.

Pasaron varias semanas, las semanas más largas de mi vida, y todavía no había noticia alguna. Todos los días me costaba trabajo levantarme; no quería enfrentar la realidad. La angustia era tan inmensa que dejé de comer, no podía dejar de pensar en ella y sentirme culpable de que podía haber hecho más; la incertidumbre me mataba. No sabía qué había sucedido con ella ni en dónde estaba y lo que le podría estar pasando. El dolor me calaba por los huesos y tenía un insomnio incontrolable. Sólo quería que mi hija me diera las buenas noches como acostumbraba.

Cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo eran una agonía, un azoramiento interminable. No podía seguir viviendo con la duda de dónde estaba; no podía seguir sin la luz de mi vida. Sentía que se me iba el aire: me sentía tan sola, no podía procesar lo que había sucedido, quería vivir en el pasado. Mi vida cambió en un solo instante, todo se me vino encima. Pero me prometí que la iba a encontrar sin importar las adversidades. Me lo prometí a mí misma y se lo prometí a ella.

No pasó demasiado desde que me juré eso y recibí una llamada, una llamada que jamás voy a olvidar, un sentimiento que jamás voy a poder explicar. Era de la policía; me pidieron que fuera a una ubicación específica y cuando lo escuché imaginé lo que había pasado. El lugar en el que me citaron era un terreno baldío muy concurrido y usado como basurero. Me fui sola; todo el camino estuve ansiosa y con pánico; veía las calles que me parecían irreconocibles, aunque irónicamente las conocía perfectamente. Llevaba viviendo en la Ciudad de México toda mi vida, pero las emociones eran tantas que simplemente me sentía desubicada.

Cuando llegué y vi esas cintas amarillas lo supe todo: tan sólo con ver esa cinta amarilla que utilizan los policías pude deducir lo que

había ocurrido. La vida se me derrumbó; supe que ahí había acabado todo.

Me bajé del auto y corrí hacia la escena. No me importó lo que me decían los policías; lo único que quería era verla, y allí estaba: una chica tirada, sin vida, con la misma ropa que llevaba Andrea el día que desapareció, con los mismos rasgos de mi hija; pero lo negué, no quería aceptarlo. Estaba tan segura de que esa chica inerte y lastimada no era mi princesa, mi niña, a quien había cuidado y criado con tanto amor, hasta que vi la marca de nacimiento en su muñeca. Me caí en un abismo, un dolor que no puedo describir; simplemente no hay palabras. Los policías me comunicaron que habían abusado de ella y sentí un coraje y una impotencia que no me cabían: ella era una niña de 14 años, que tenía tantas ilusiones, sueños, tantas cosas que quería hacer y se los arrebataron en un segundo tan sólo por haber nacido mujer.

El machismo me arrebató a mi hija, pero también arrebató seguridad, sueños, autoestima, libertad y sonrisas. Vivimos inseguras; no sabemos si algún día vamos a despertar como Andrea. Sé que muchas madres han vivido lo que yo.

Sé que, como yo, ven las habitaciones vacías de sus hijas y sienten el mismo dolor al hablar con las paredes de ese cuarto vacío, anhelando que algún día respondan.



Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del 14º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 22 de diciembre de 2020 en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, Ciudad de México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Miguel Sánchez Arzate, supervisor de grupo "B". El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 12 puntos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Smooth Ballena y Frutiger.





Instituto Electoral de la Ciudad de México
Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines,
Tlalpan, 14386, Ciudad de México
Teléfono: 54 83 38 00
www.iecm.mx